

FILMS SELECTOS



Katha de Nagy, protagonista de la película —opereta espectacular sentimental— de la Ufa «Bambas» en Monte-Carlo.





Dorothy Jordan y
Paul Lukas en una
escena de la pel·lí-
cula Paramount «La
conquista de papá».

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larruga

REDACCIÓN
ADMINISTRACIÓN
Diputación 229 Tel. 33022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: CINECLUB
EL HOGAR Y LA MODA
Calle Valverde 30, 32

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses 375
Siete meses 750
Un año 1.250

América y Portugal
Tres meses 475
Siete meses 950
Un año 1.800

CADA
SÁBADO

NÚMERO SUJETO
30
CÉNTIMOS

DIVAGACIONES CINESCAS

¡NO ME LO CUENTE USTED!...

¿No te han contado alguna vez, amigo lector, el argumento de una película para incitarle mejor a que vayas a verla?

Seguramente que sí, y, si te lo han contado porque no has podido ver la cinta, habrás quedado sin duda complacido; pero, si has tenido intención de verla, ¿no te ha molestado que te contasen anticipadamente el desarrollo de la narración? Y, después de vista la película, ¿no te ha sabido mal haber conocido a través de una explicación incolora, sin relieve ni emoción, los episodios que luego has visto realizados por la brillante aureola que les presta el ambiente de la escena?

Ignoramos si te habrá molestado el relato anticipado, o si habrás sido tú precisamente quien haya pedido que lo contasen; pero de nosotros podemos asegurarle que nos molesta sobremanera oír contar el argumento de la película antes de verla. Sobre todo, nos exaspera que comenten los episodios emocionantes, que expliquen los trucos que van saliendo, que descubran el equivoco o el secreto sobre que descansa la trama, que revelen despreocupadamente el desenlace que se da al conflicto planteado...

Nosotros, en general, pecamos de espectadores de buena fe — en ocasiones, ingenuos e impresionables como chiquillos —, y es natural que, sabiendo por adelantado las cosas, no nos sorprendan los acontecimientos que comúnmente se llaman inesperados, ni nos conmuevan los que fían toda su emoción en el efecto de la escena. Este criterio nos colocará tal vez, a juicio de algunos, en plano inferior a los que saben gozar de las bellezas de la obra con independencia del conocimiento previo que de ella tengan. Pero aun así, queremos ser como somos, conservando esa ingenuidad de espectador impresionista que — en el cine, sobre todo — sirve más de lo que muchos se figuran para el goce estético y espectacular.

El cinematógrafo, por su ingénita movilidad, participa infinitamente más de la impresión que de la contemplación. Así, puede decirse que la primera impresión que uno recibe de la obra cinematográfica es equiparable al diagnóstico del doctor de ojo clínico. Si, en la primera visita que nos hace, sabe dar con los síntomas clínicos, puede dar por ganada la batalla contra el mal. De modo semejante, si el espectador puede recibir la primera impresión de una cinta conservando aun virgen la sensibilidad, tendrá sin duda de su parte los mejores elementos de juicio. Tras la reflexión, o el análisis, o la lectura, o la polémica... podrá uno rectificar, como es natural, el primer juicio inexacto;

pero nunca habrá ido lejos del camino verdadero al fiarse de la primera impresión — primera y única casi siempre — que haya sacado de la proyección de la película.

Un caso.

Hace poco tiempo, como no pudimos ver la noche del estreno una famosa película francesa, alguien se empeñó en contarla en voz alta con todos los pormenores de escenas y episodios culminantes. Supimos lo ingenioso del argumento... El desarrollo normal y providencial de la narración... La culminación del nudo novelesco... El desenlace que, al final, se le daba... Y, por si esto era poco, aun conocimos, casi una por una, todas las escenas que mejor definían el tono de la obra, por estar concebidas, con refinado sentido irónico, para que empezasen en tragedia y terminasen en sal-te.

Después de todo esto, ¿para qué queríamos ver la película? Ni la aparición de caminos equivocados podía hacernos rectificar lo que ya sabíamos sobre el resultado final, ni la complejidad del desarrollo del conflicto podía disuadirnos del prejuicio que llevábamos formado sobre el conjunto de la obra. No obstante, fuimos a ver la proyección con nuestros propios ojos, y, en efecto, comprobamos que nos interesaban más, por su «novedad», los pequeños detalles sin importancia, que los mismos hechos culminantes que constituyen la esencia de la obra. Así, cuando uno de los protagonistas intenta ahorcarse en la cárcel colgándose de la reja, ya sabíamos que la reja se caería al peso del cuerpo, y, cuando se oye una voz de mujer que canta una deliciosa canción, ya sabíamos que no era la mujer que se veía asomada al balcón, entre pájaros y flores, sino el modesto diáfragma de un gramófono casero.

La impresión que entonces nos llevamos de la película fué considerablemente inferior a la que nos hubiéramos llevado de no haber sabido antes nada de ella. Para apreciar su valor, hubimos de recurrir a las fórmulas dialécticas, cuando para juzgarla nos hubiese bastado — cinematógrafo al fin — la primera impresión recibida en el ánimo virgen.

Si gustas, pues, amigo lector, del placer de las primeras impresiones, no quieras que te cuenten nada esencial de las películas que desees ver. Si puedes ser espectador por cuenta propia, ¿por qué te resignas a recibir las primeras impresiones por conducto de un narrador, que, al fin y al cabo, no puede darte más que impresiones «de lance», «de segunda mano», estrenadas por otro?

LORENZO CONNE

Films Selectos sale los sábados

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine. Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse. No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

712. — Encuéntrense por favor el nombre del actor que interpretó el papel de príncipe Lubimof en el film *Los amigos de la mujer* y la letra en italiano del *Elocution Festival* de la ópera *Tosca*.

713. — ¿Algún lector de esta simpática revista posee fotos del antiguo actor de la pantalla William S. Hart, ya sean dedicadas a él escenas de sus películas? De la película titulada *Mi caballo Pinto*, la mejor que hizo este actor, ¿posee algún argumento y fotografías? Me interesa la biografía de este artista y todos los detalles que hagan referencia al mismo. Pueden ofrecérmelo o enviármelo a mi dirección: Enrique Mainou, Carmen, 15, Barcelona, y podrá compensarse por fotografías de artistas que están en boga y a elección.

714. — Una aficionada al cine desea que algún simpático lector o lectora de esta revista le proporcione fotografías de los siguientes artistas: Edmund Lowe, Tony d'Alay, José

HIPOFOSFITOS SALUD

Contra Inapetencia y Agotamiento.

Crespo, Charles Rogers y Ben Lyon, a cambio de otras de Mady Christians, Conchita Montenegro, John Garrick, José Mojica y Victor Mc. Lazlen.

Me dirrocción, para quien se sirva contestar, es: Señorita Angelita Benito, Glorieta de San Bernardo, 15, 1.º, centro derecha, Madrid. Agradecidísima a quien me conteste.

715. — Una audaz lectora de esta simpática revista agradecería se sirvieran decirle cuándo y en dónde nació el actor alemán Gustav Frolich, películas que ha interpretado y a dónde se le puede escribir actualmente.

También desearía, a ser posible, la letra en alemán del fox-trot que cantan en la película *El teniente del amor*, de la U. F. A.

716. — A E. L. S. le interesaría conocer la biografía de Roberto Rey y la canción de la película *Un caballero de frac*. También quisiera sostener correspondencia con lectoras y lectores de esta revista.

Mis señas son: Enrique Ibáñez, Francisco Bellido, 27, Irón (Guipúzcoa).

717. — Manuel Sculliano dice lo siguiente: Quisiera adquirir novelas de cine (películas sonoras) y tarjetas de artistas, dando a cambio tarjetas postales de México, Buenos Aires, etc., y álbumes de vistas y paisajes de varios sitios.

Desee saber las biografías de los artistas José Crespo, María Ladrón de Guevara, Ernesto Vilches y María Alba.

¿Habría algún amable lector o lectora que quisiera mandarme las fotografías y novelas de cine en que figuran los citados artistas? Creo que sí, ¿verdad?

Me dirrocción: M. Velázquez, Socorro, 3, Sevilla.

718. — *Plus y Plus* dicen: ¿Podría algún lector de *Plus* sustraerme facilitarme la biografía y dirección con lista de las películas en que haya tomado parte, la simpática artista Miriam Hopkins? Le quedaremos sumamente agradecidos.

También desearíamos adquirir el vals de la película *El vals del Danubio*, de la que es principal actor Harry Liedtke, cambiándolo por otra música cualquiera o abonando su importe, pues aquí no hemos conseguido encontrarlo.

Nuestras señas son: J. C. y Francisco H. Ferrer, Valle, 1, pral., Sevilla, a donde pueden escribirnos.

CONTESTACIONES

Contestación de Carlos de Damas:

717. — Para El caballero memorado: Voy a tratar de complacerte en algunas de las biografías que pides. Sintetizadas y esquematizadas, según expone.

Clive Brook, o la corrección. Nació el día 1 de enero de 1891, en Londres. Antes de trabajar en el cine — en donde ingresó por afición — escribió en su patria varias novelas y piezas teatrales. Apasionadísimo por la música, toca

el violín. Casado y con una hija. Hombre de exquisito gusto, se presenta siempre impecable, como figura arrancada de un póster londinense. Parte de su misantropía y frialdad innata se deben sin duda a los frecuentes ataques de amnesia que sufre, consecuencia de los gases de la guerra.

Principales películas: *Da mujer a mujer*, *Los cuatro pájaros*, *El crimen perfecto*, *Sin escusa ni broma*, *¿Por qué las jóvenes regresan al hogar?*, *Buena noche*, *Caras olvidadas*, *Intromisión*, *La mujer de cualquiera*, *Perdonaos adúlteros*, *Error de discreto*, *El mundo de amor*, *Amor suado*, *Matrimonio por interés*, *La mujer que ríe*, *El secreto del abogado*, *Vidas trancadas*, *Repetición sensacional*, *Honor mancillado* y *El expreso de Shang-Hai*.

Laura Brooks. Nació en Norteamérica. Tiene veintidós años de edad, de mediana estatura y 55 kilogramos de peso. Estudió en Alemania y trabajó para la U. F. A., siendo dirigida por C. R. Platt — director de *Carbón* —, en la cinta *La casa de Pandora*. Le gusta la natación y tira admirablemente. Contratada por Paramount.

Principales películas: *Una novia en cada puerta*, *Recibidos por los abres*, *¿Quién la mató?*, *Amalia y demás*, *La ciudad del mal*, *Juventud, dioses leales*, *La casa de Pandora*, *Promesa de belleza* y *Mendigos de vida*.

Edwina Booth. Artista de la última hornada. Espléndido cuerpo de mujer, ojos azules y cabello muy rubio. Trabajaba de secretaria particular en casa de un colega de su padre, que era médico. Enthusiasta de la natación, pasaba el día en la playa, y allí fue observada por un director. Sometiéndola a prueba, la enroló M. G. M. Ha filmado *Montaña Cochise*, *El camino de la abundancia* y *Trader Horn*.

Emil Janning. Aunque nacido en los Estados Unidos, es hijo de padres alemanes y naturalizado en Alemania. Alcanzó en Alemania gran fama como actor de teatro hasta ser contratado por la U. F. A. Marchó a Norteamérica en un ventajoso contrato firmado con la Paramount. Es considerado por muchos como lo más puro del cine... después de Chaplin.

Sus principales películas son *Enrique VIII*, *Danzón*, *Nerón*, *La última carcajada*, *Fausto*, *El destino de la carne*, *Verdadera*, *Turista*, *La calle del Pecado*, *El hombre de las figuras de cera*, *El infante*, *El petardo*, *Los pecados de los po-*

HIPOFOSFITOS SALUD

Da vida y vigor a los Débiles.

dras, *La última orden*, *Profecía*, *El ángel azul* y *El gran tenor*.

718. — *Tahoeer* contesta a *Fotogénico*: Bebé Daniels, cuyo apellido verdadero es Phyllis, nació en Dallas (Texas) el 14 de enero de 1901. Para la dinámica Bebé no hay mayor timbre de gloria que su ascendencia española. «Mi abuelo — dice ella en su autobiografía — era consul de los Estados Unidos en Columbia. El se llamaba George Buttel de Forest-Griffith, y mi abuela, que era la hija del gobernador de Columbia, tenía por nombre el de Eva Guadalupe de García de la Plaza. Mi madre — continúa diciendo Bebé — nació en Columbia, en la misma casa del Consulado Norteamericano, lo que le proporcionó la alegría de ser yanqui, aunque nació en territorio extranjero. Su carácter es mezcla de la aristocracia materna y la democracia heredada de su padre, cuyos mayores, ingleses y franceses, habían emigrado a los Estados Unidos. La autobiografía de Bebé es extensísima. Al jubilarse su abuelo, fijó su residencia en Los Angeles, donde murió, siendo presidente de Southern California Historical City. La tragedia empezó a raíz de su fallecimiento, pues los dejó completamente arruinados. Sus ocho hijos, dos varones y seis hembras, tuvieron que interrumpir sus estudios y lanzarse a la conquista del diario sustento. La madre de Bebé, que había hecho amistad con dos artistas célebres, Joseph Dowling y su esposa, Myrna Davis, la ofrecieron un puesto en su compañía, que aceptó después de vencer la oposición de su madre. Aquí conoció al que fue luego su esposo, Mr. Phyllis, que era empresario de una compañía teatral. Al año siguiente de nacidos nació Bebé y a los pocos días debutó en el teatro. Naturalmente, el papel era honor y ella lo hacía admirablemente: sólo tenía cuatro semanas de existencia. La educación la recibió al lado de su abuela, hasta los siete años, que regresó con sus padres, debutando en el Velasco de Los Angeles, cuyo primer actor era Lewis Stone. El director de una empresa de cine, la Selig-Polyscope, le ofreció un puesto en su compañía, ingresando en el cine interpretando el papel de niña robada (tenía ocho años), en las clásicas películas del Oeste, al lado de Hoot Gibson y Ann Little. Luego fue contratada por la New York Motion Pictures. Años más tarde, desde los catorce, Harold Lloyd la tomó

para actuar en todas sus films, como dama joven, y en el transcurso de cuatro años trabajó con este actor a razón de un film por semana. De aquí pasó a Famous Players: Jack Hall fue ahora el compañero de Bebé en las cintas del Oeste. Con el malogrado Wallace Reid realizó algunas películas de ambiente deportivo. Después le contrató la Paramount, donde filmó cerca de docientos producciones. Se la ha llamado infinidad de veces «El Douché femenino»; campeona de todos los deportes y capaz de todas las andanzas, acaba de conseguir el título de piloto aviador, siendo nombrada capitán honorario de la escuadrilla de carreras de Los Angeles. En deportes los cubellos y la ojos son negros; mide 1,50 de altura. Bebé confiesa que ha estado enamorada de varios compañeros de trabajo, entre ellos de Jack Pickford. Casada con Ben Lyon, desde el 22 de junio de 1930, uno de los actores más reventados de Hollywood y uno de los pocos solteros que quedaban en el cine. Su hijo, a la vez Herman Harbura, nació el 9 de septiembre de 1931. Bebé Daniels se halla actualmente bajo contrato con la Warner.

Películas importantes interpretadas por Bebé Daniels: *Mudas*, *Harold*, *película*, *La novia de Anahel*, con Wallace Reid y Wanda Hawley; *El enemigo común*, donde hizo su entrada en el cine; *Viviendo de profesión*, con David Powell; *La señorita Harla Azul*, con Raymond Griffith; *Monieur Recaire*, con Rodolfo Valentino; *Un beso en un taxi*, con Douglas Fairbanks; *Acampando a casa*, *¡Qué noche!* y *La reporter delapada*, con Neil Hamilton; *La vida de Florida*, con Lawrence Gray; *Los milanes de Paulina*, con Warner Baxter; *Señorita Escocesa*, con Antonio Moreno; *Susana*, *dividida*, con Rod La Roque; *La montaña*, con Dorothy Cummings; *Perdida en París*, *La colmena silenciosa*, *Nada, nada, nada*, *La niña del Zorro*, y

HIPOFOSFITOS SALUD

Contra Anemia, Inapetencia y Debilidad.

Todo a medias, las cinco con James Hall; *Me voy en cuarentena*, *Túame el pulso, dulce*, y *La suñora del desierto* o *Este hombre me pose*, con Richard Arlen; *La franciscana*, con Ben Lyon, y *Viene el amor*.

Sonoras: *Reverencia Tréfil*, revista; *Río Rita*, con John Boles; *La herencia del desierto*, de Lloyd Hughes; *Dirigida*, con Ralf Harlowe; *Un mujer de gran mundo* o *El halcón maldito*, de Neil Hamilton; *Ten sence como un gusano*, de B. Lyon; *Para alcanzar la luna*, con Douglas Fairbanks; *El honor de la familia*, con Al Mawbracy, y *El fin de miseres Cheney*, su producción última.

719. — *Tahoeer* continúa la contestación a *Fotogénico*: Colleen Moore (verdadero nombre, Catalina Morrison) nació en Pot Huron el 1 de agosto de 1902. Tiene un hermano, Gene Moore, que se dedica también al cine.

Casada con John Mac Gormick, desde el 1 de marzo de 1922, y divorciada del mismo en 1930. Fue elegida estrella bebé en 1922, fi menuda (mide 1,50 de altura), graciosa y alegre, con una personalidad extraordinaria y perfectamente definida, y es una de las tres chicas más afables y estimadas de Hollywood por su modestia y simpático carácter. Su trabajo, tan rápido y brillante que a cualquier día la hubiera trastornado, a ella no parecería historia demasiado, y aseguraba entonces que le interesaba más la carrera de su hermano y la posibilidad de retirarse ella a su vida privada, tan pronto como expresase su contrato, para dedicarse a viajar.

Su retirada del cine ocurrió más tarde de lo que se figuraba, debido a su fracaso en los teatros, y entonces decidió debutar en el teatro, donde efectuó su entrada en *The Blue Rose*, que resultó otro completo fracaso. No tarde ha fundado una fábrica de perfumes y ésta parece ser que le proporciona grandes ganancias. Recientemente la Metro ha conseguido para actuar al lado de John Gilbert en *Al oeste de Broadway*, pero la prueba no salió y el papel fue dado a Luella Marne. Se rumorea que la ha tomado bajo sus alas la R. K. O.

Películas de Colleen Moore: *Juveniles* o *diéte*, *Grandeza*, *Enferma de amor*, con William Austin; *La chica del error*; *La danzarina*, con Cuzco sonrisas los ojos irlandeses; *La novia de una vez* o *Los amores de Anahel*, con Bebé Daniels; *Nadie sabe lo que quiere*, con Luella Marne; *La centavala de Hollywood*; *Elle bránder*; *¡Oh marqués!* o *Sus diademas*, con Larry Kent; *Free*, con Lloyd Hughes; *El gran combate* o *La estación de los días*, con Gary Cooper; *La suerte de Jazmin*; *El por do similitud*, con Antonio Moreno; *De la vida a la millonaria*, con Jack Muhlall; *La señorita al mismo*, con Lawrence Gray; *Sed de amor*, con Edmund Lowe; *Luz y pie*; *Lágrimas y sonrisas*; *Tenarice entre bastidores* (paralelo), con Frederick March; *Cartelinas de las botas*, y *¡Qué que ser buena?*, con Neil Hamilton.

...no dan...
...los trabaj...
...por steno...
...Jack Tr...
...a las ciela...
...llano. Rod...
...ente dejen...
...ant, de...
...ones. Se h...
...Dowda...
...deportes y...
...le consen...
...nombrad...
...do cura...
...bellon y la...
...tura. Est...
...de v...
...de la...
...de el E...
...er más...
...coros mil...
...a la que...
...tiembre de...
...mente lo...
...por las...
...os. neg...
...anda Han...
...su entra...
...con Dor...
...Haymond...
...odolfo Va...
...ouels G...
...ché y la...
...n. La...
...os mil...
...rofito. Ex...
...n. de...
...don. Don...
...a co...
...el Zorra, t...
...bilidad...
...Hall; No...
...a, doctor y...
...me qu...
...con la...
...Río...
...stierro, co...
...rolde; Un...
...nitéz, co...
...ruando, co...
...n. Don...
...con Al...
...y, su pr...
...tación a...
...niente...
...taron el...
...amo, Cle...
...e...
...desde el...
...miemo...
...1920. E...
...osa y...
...rdinaria...
...e las...
...Hollywo...
...Su...
...quier...
...recló...
...es que...
...mano y...
...a priv...
...ruto, p...
...ada p...
...franco...
...star en...
...The...
...osano. M...
...orfuera...
...e...
...a...
...Gilber...
...eba...
...Morm...
...is...
...vuel...
...a Will...
...ria...
...La...
...a...
...on de...
...Hollywo...
...di...
...Hag...
...llo...
...El...
...televi...
...geria...
...am...
...y...
...con...
...y...
...UD

CONCIENDO CON la depresión financiera mundial, se ha agudizado la precaria situación económica del cine. En realidad, las vacas gordas empezaron a enflequecer años antes de la llegada del cine sonoro y hablado. Los artistas cansaban, los temas no decían ya nada al público. Pero se salió al paso de la entonces débil depresión haciendo pequeñas economías, buscando ideas nuevas y llevando a la pantalla hombres y mujeres de distintas razas, sangre de refresco, personalidades desconocidas, que infundieron vigor al espectáculo amenazado de decrepitud.

Hoy la crisis es más aguda. El propio Zar del Cine, Mr. Hays, lo ha confesado a un periodista de Chicago:

«Al introducir la palabra en las películas — dijo — nuestra producción ha sufrido un eclipse momentáneo en Europa. Pero nosotros esperamos cambiar esencialmente la situación. Las «versiones» nos resultan demasiado costosas y vamos a utilizar los «dobles» en vasta escala. Este procedimiento está ahora resultándonos oportunísimo. Gracias a él lograremos reconquistar las posiciones perdidas hace dos años. Nosotros no podemos olvidar que el cine americano es un factor poderoso de la penetración cultural americana en los demás países. Actualmente tenemos el deber de imponer restricciones para salvar nuestra economía nacional amenazada.»

Poco después de pronunciadas estas palabras, en las que se apunta un remedio — los «dobles» —, la banca americana se niega a continuar suministrando fondos para el sostenimiento del cine yanqui, de no procederse de ante-



Heinrich George, en el papel de Emilio Zola de «El proceso Dreyfus»

PRIMEROS PLANOS

EL CINEMA EN CRISIS

mano a una sensible reducción en los sueldos de estrellas, astros y directores.

Si miramos a Europa, veremos que en Alemania se produce muy poco y se alambica mucho. En Francia, las economías han llegado al límite, pues desde el mes de diciembre pasado no se filma nada. Y parejas a tales circunstancias, llegan las voces de los empresa-

Con el fin de dar más libertad para que todos los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido y concepto de los artículos, que serán siempre del exclusivo criterio de sus autores.

todos los grandes problemas de la actualidad internacional.

Una película sobre la constitución económica del mundo daría ahora más dinero que el producido por los diez mejores films de la época muda.

No importa que el cine, en general, sea un arte eminentemente capitalista. El asunto es que enfoquen los problemas cardinales de nuestra vida presente. El derecho, la economía política y la sociología brindan temas infinitos que la muchedumbre espera con ansiedad. El cine ha vivido siempre de la masa. Si quiere seguir viviendo de ella, debe darle lo que pide.

A. HERNÁNDO MIGUEL

...rta de todos los países quejándose de la escasez de público. Y nadie acierta con la solución del problema.

Unos precorizan la vuelta al cine mudo. Otros señalan como salvación única de tal estado de cosas la reducción de precios. Otros buscan la fórmula en la desaparición de los «trusts». Otros, como Hal Roach ha anunciado recientemente en la supresión de diálogos, dejando a la rente en los films la sonorización apropiada a los argumentos etcétera. Hay soluciones para todos los gustos. Lo que a nadie, que sepamos, se le ha ocurrido es mirar al mundo actual, al mundo en que vivimos, verdadero cráter en erupción de todo un pasado. No, Mr. Hays, con los «dobles» no arreglará usted nada. Hal Roach, con la estricta sonorización, tampoco. Hay que ir al fondo del problema: a la implantación de lo que pudiéramos llamar «el cine del momento». Llevar a la pantalla los fenómenos sociales,

Para nuestros amigos españoles.

Stan Laurel

Oliver Hardy
Feb 1932



Los amigos Stan Laurel y Oliver Hardy

El departamento de publicidad, representa en un estudio lo que el cuerpo diplomático en una Nación. He coincidido en una reunión con el jefe de dicho departamento en los estudios de Hal Roach. Gracias

a él he tenido la oportunidad de conocer a esa pareja formidable de clowns de la pantalla que tantas carcajadas saben repartir por el mundo. Stan Laurel y Oliver Hardy trabajan en cuatro lenguas diferentes al hacer sus películas, de manera que han fundado en el estudio una sociedad, «La carcajada poliglota», de la que son presidentes honorarios. Simpáticos en la pantalla y sencillos y amables en la vida real. Características indiscutibles de personas de positivo valor.

Cuando llego al decorado se hallan en pleno trabajo filmando una escena de la película «Pack up your troubles», que podría traducirse por «Empaqueta tus contrariedades». Así, pues, tengo ocasión de observarles durante un momento antes de ser

Aunque éste es el segundo artículo que hemos recibido de nuestro dilecto colaborador y corresponsal de Films Selectos en Hollywood, Fernando G. Toledo, lo publicamos en primer lugar por ser de gran actualidad.

presentado. Stan Laurel, delgadito, de mediana estatura y con unos ojos azules muy claros, habla con voz de barítono un inglés que no deja lugar a dudas sobre su origen británico. Es el inglés que yo entiendo perfectamente.

Timido como una liebre, en la pantalla, es el que parece llevar la batuta en la vida real. Ordena, recomienda ciertos detalles o movimientos e incluso durante la filmación, si no le gusta el desarrollo de la escena, detiene la actuación para comenzar de nuevo. Todo ello con una sonrisa permanente de comprensión y seguridad que se transforma, en cuanto las luces se encienden, en esa faz inexpressiva que tanta gracia nos hace.

Hardy, al contrario, ha la con voz atenorada y con un marcado acento gangoso, propio del sur de los Estados Unidos. Es menos dinámico que su camarada, pero también muy inteligente en su trabajo. Al reír desaparecen sus ojos en las profundidades de los carrillos. Se me antoja Sancho Panza con



Stan Laurel y Oliver Hardy demuestran a nuestro corresponsal Fernando G. Toledo, que también ellos se interesan por nuestra revista.

una estatura de seis pies. El primero que se acerca es Stan Laurel y me tiende su mano con una sincera sonrisa de simpatía al mismo tiempo que me dispara un: «¿Cómo está usted?» que es todo un poema. Hablamos, cómo no, sobre las películas que han hecho en español y de las que él opina que las primeras fueron las mejores porque entonces, lo hablaba peor y hacía más gracia al público. Intento persuadirle de que sigue hablándolo muy mal, es decir, que continúa haciendo reír.

Me expone sus proyectos de un próximo viaje a Europa, quizás la semana entrante, en el que se dirige a París, Londres, Berlín y probablemente Madrid y Barcelona. Dice que le entusiasmaría visitar mi país.

En este momento llega Oliver Hardy corriendo sudor. También me saluda en español con un: «Hola, amigo» que es una creación.

Les pregunto si usan el mismo director para todas sus cintas, porque todas ellas tienen idéntico agradable sabor. Entonces Laurel, muy digno, muy

enfático, me responde entornando los ojos: «Es mi». Hardy corrige: «Es yo», se debe decir. Creo que llega mi turno y les digo «Soy yo», y ellos protestan: «Nosotros», usted no. Reímos el equívoco.

En efecto, a pesar de cambiar de director en cada producción, Stan Laurel es quien estudia y dirige la mayor parte de las escenas e incluso quien escribe los argumentos.

Llevo con ellos media hora; el fotógrafo, gracias a la amabilidad de la simpática pareja, nos retrata delante de un decorado.

La próxima escena está preparada y solo faltan mis charlatanes amigos.

Para despedida, Stan Laurel se acerca con misterio a mi oído y me dice: Iré a España a conocer las «señoritas» y dejaré a mi mujer en Hollywood.

Volvemos a reír de buena gana, pero nuestra carcajada es bruscamente interrumpida por una orden del ayudante del director ¡SILENCIO!

FERNANDO G. TOLEDO
Hollywood, julio, 1932

NUEVO DESCUBRI- MIENTO DE JOINVILLE

II. LOS MANGUITOS DE "MONSIEUR DURAND"

por
José Luis Salado



Meg Lemonnier: una imitación francesa de Lillian Harvey. Una imitación elaborada en Joinville. Incluso fue contratado para que trabajase con ella a Henri Garat: el Henri Garat de «El río de la hiena», de «El favorito de la guardia» de «El Congreso bailar». Todo, pues, preparado para el dúo. Pero Lillian Harvey es imitable.

MISTER HAYS Y LA POESÍA. — ¿Cómo? ¿«Monsieur Durand» antes que la «vedette», antes que el «metteur en scène», antes que el «cameraman»? Sí. Antes que todos. En «primer plano». ¿Y por qué? Porque «monsieur Durand» — con sus manguitos de burócrata — es el dictador de Joinville. Exactamente igual que mister Will H. Hays — presidente de la «Motion Picture Producers and Distributors Union» — es el dictador de Hollywood. Entre las graves tareas que abruma a mister Hays, figura nada menos que la de moralizar el «film» yanqui. Todo ese aire casto de novela «a lo» Elinor Glyn que hoy en el cine americano es obra de mister Hays. Al cual se debe un «Código de la moral», que todos los productores cumplen en Hollywood, y que equivale — bajo las palmeras de California — a aquel cinturón de castidad con que evitaban el «vaudeville» los prudentes maridos de la Edad media. «La institución del matrimonio y la dignidad del hogar — recomienda, por ejemplo, mister Hays — serán protegidas en vuestros «films».» O bien: «El adulterio podrá hacerse necesario alguna vez por obligaciones de la intriga; pero jamás quedará justificado.» O bien: «La desnudez completa no será admitida nunca.» Toda esa cruzada puritana contra Mary Miles Minter, contra «Fatty», contra

Clara Bow — la última víctima de la buena América — es obra de mister Hays. (Por indicación de mister Hays se concedió el «rôle» de Clara Bow en «City Streets», a Sylvia Sydney.) Y en el terreno de las ideas... Un ejemplo: Eisenstein — el Eisenstein demolidor de «Octubre» y de «La línea general» — llegó a Hollywood con su contrato en el bolsillo. Desde luego, Zukor le pagó, cada semana, el cheque convenido. Pero no le dio una película — véase aquí la mano misteriosa de mister Hays — ni un solo metro de celuloide. Un día, Eisenstein, aburrido, llegó — en su coche: los comunistas tienen automóvil propio en Hollywood — hasta Mexicali, hasta Tijuana: ruleta y «whisky» a todo pasto. Y las primeras casas herméticas, y — dentro, languideciendo, haciéndose mates en su morenez — la ronda de las bellezas con tarifa. ¿Los suburbios de Hollywood, en fin? Exactamente, no. En todo caso, unos suburbios — en la frontera — a los que es forzoso ir en automóvil: unos suburbios demasiado distantes del centro. Méjico a la vista: el Méjico luminoso y caliente como la tela de un «zarape». Un país fotogénico. Total: que Eisenstein — lejos de mister Hays — se quedó en Méjico para hacer, allí, las películas que no le dejaron realizar en Hollywood. ¡Ah! Pero es que mister Hays, como asegura Michel Gorec en su libro «Le monde truqué», quiere acabar con la «poesía del cinema».

— Por todas partes le atacan a usted — cuenta Gorec que dijo un día, en París, a mister Hays —. Se le acusa de... Yo no sé cómo explicarle. Vamos, se le acusa de ahogar la poesía del cinema. — Mister Hays, al pronto, no comprendió:

— ¿Quiere usted precisarme su pensamiento por medio de un ejemplo?

— Desde luego. Usted prohíbe que se justifique el adulterio por medio del cinema. Ahora bien: el adulterio — en algún caso concreto — puede tener una justificación poética...

Mister Hays (llenando su pipa). — Evidentemente, no comprendo qué quiere decirme usted. Yo no me ocupo de poesía. Yo me ocupo de cinema. La poesía, si no recuerda mal, es una serie de versos. Y, la verdad, no sé qué relación puede tener eso con el cinema. Dicho esto, ¿tiene usted alguna otra cosa que preguntarme?

Michel Gorec (guardándose la estilográfica). — No. —

EL HONOR LITERARIO DE URSULA PAU. — Pues bien: los manguitos de «monsieur Durand» son en Joinville, el mismo freno contra lo lírico. ¿Y qué hace, además «monsieur Durand» en Joinville? Pues — por ejemplo — prepara los cheques en la caja. O, desde el teléfono de la «Régie», busca

figurantes para una película de Karel Anton. O copia a la máquina de escribir unos presupuestos interminables. O clasifica centenares de fotografías — el lunar de Olga Tschikowa, la nariz judaica de Marie Bell, las piernas rotundas de Moussia — en la oficina de publicidad. Quiere, pues, decir que «monsieur Durand» no pasa de ser un empleado obscuro y pequeñito. En la caja, su dinero, junto al sobre que contiene los cincuenta mil francos semanales de Henri Garat, es apenas un montón exiguo. «Monsieur Durand» — naturalmente — viaja en tercera. Y se viste en esas horribles sastretrías del «Boulevard Poissonnière». Y — los días que hay «poule au riz» en el restaurante del estudio: diez francos de suplemento — apaga su nostalgia de los manjares santos en el mismo «bistró» donde comen un «beefsteak aux pommes trites» los maquinistas y los negros de la comparsa. Lo cual enciende en el alma de «monsieur Durand» — habituado a la proximidad de las «vedettes» — esa misma rabia melancólica que sienten los hombres contratechos hacia los varones en quienes se supone cierto éxito femenino. Es, sí, «monsieur Durand» es la rueda más pequeña en el engranaje complicado de Joinville. Pero Joinville está lleno de ejemplares de «monsieur Durand»: quinientos ejemplares, por

lo menos. (Casi tantos como un libro de «Azorín»...) Y cada «monsieur Durand» ocupa un puesto estratégico. Un «monsieur Durand» que no comprende la poesía en el cinema — igual que mister Hays —; un «monsieur Durand» antitético que hubiera quemado, de buena gana, las diez bobinas de «Amencer»...

«Monsieur Durand» ha sido — hasta hace poco tiempo — el partidario más decidido de las versiones en serie. Naturalmente, puesto que — para las aves de vuelo corto — ese sistema significa el esfuerzo mínimo. Basta con escoger — en las tinieblas de la sala de proyección — algún «film» que haya gustado en Broadway; algún «film» — por ejemplo — de Charles Rogers, de Nancy Carroll, de Ruth Chatterton, de Claudette Colbert. Luego se proyecta ante los cuatro o cinco «monsieurs Durand» más ilustres de Joinville; el «monsieur Durand» de los decorados, el «monsieur Durand» de los figurines, el «monsieur Durand» de las cámaras, el «monsieur Durand» de la literatura... «Ustedes —

se les dice — no tienen más que copiar lo que han visto.» Ilya Erembourg — el novelista judío de «La callecita de Moscou» — pasó por Joinville cuando allí se trabajaba de esa suerte. Y la memoria de su paso ha quedado impresa en un artículo amargo de la «Revue de cinema». Naturalmente, yo no comparto la literatura — demasiado agria — de Erembourg. Si recojo aquí algún párrafo suyo es sólo por tratarse de un turista ilustre de Joinville.

«Los yanquis — escribe Erembourg — han realizado plenamente su objetivo. Fabricar en serie. Ford: los automóviles... Gillette: las hojas de afeitar... Joinville: los ensueños...» Pero — verdaderamente — ¿se trabajaba así en Joinville? Insisto en que yo no comparto la literatura desencantada de Erembourg. Eso sí, sería injusto negar en el autor de «España, república de trabajadores» cualidades heroicas para el ejercicio del reportaje envenenado; es decir, para el reportaje que puede rectificarse difícilmente. Pero considérese la nacionalidad de Erembourg. Un ruso no comprenderá jamás



Joinville — a partir de «Su noche de bodas» — comenzó a olvidar la dictadura de Broadway. Escritores de Francia, músicos alemanes... Ved aquí a Tristán Bernard, con sus barbaras de apóstol, que jugase a las palabras cruzadas, le acompañan mister Robert T. Kane y monsieur André Davin, que — antes de Dick Blumenthal — supervisaba en Joinville la producción francesa, y que ahora realiza para la Ufa, el mismo trabajo.

el cinema yanqui. Y viceversa. Hollywood no hará nunca un «film» de masas: un «film» como «Octubre» o como «El exprés azul». Mientras que Moscou ignora a Ramón Novarro, a Greta, a John Gilbert. Hollywood rodeará de publicidad las piernas de Marlene Dietrich. Moscou buscará el «documento humano» entre los trabajadores del «Soubodnik», entre los campesinos de Padlipnaia, entre los marineros del Volga. A Hollywood le interesa el «sex appeal». Moscou prefiere la «Platiletka». Por lo demás, Erembourg no andaba descaminado del todo. Efectivamente, Joinville — en su primera época — se dedicaba a la fabricación de ensueños «standard», si es que «Doña Mentiras» puede ser calificada de ensueño. «Monsieur Durand» creía que todos los públicos, en el fondo, obedecen a reacciones gemelas. Y, lógicamente, el tierno diálogo de amor que había conmovido a las «girls» de Broadway ¿por qué no iba a promover las mismas lágrimas en las muchachitas de Suecia, por ejemplo? Es decir, una especie de dictadura literaria de Broadway sobre Europa; una dictadura de Ursula Parrott. Prohibido — aviso a los escenaristas de Europa —, prohibido rectificar una metáfora, sustituir un adjetivo, suprimir un adverbio de modo. ¿Qué dice Nancy Carroll en la escena número ciento veintitrés? Nancy Carroll — abatido estrellas rizadas de las pestañas — murmura: «Mi corazón está lleno de nostalgia.» ¿Eso escribió Ursula Parrott para Broadway? Pues igual para toda Europa.

Monsieur Durand, en la Oficina de publicidad, clasificó, metódicamente, las piernas de Mousia. Para verlas en el «Concert Mayol» hay que pagar cincuenta francos.





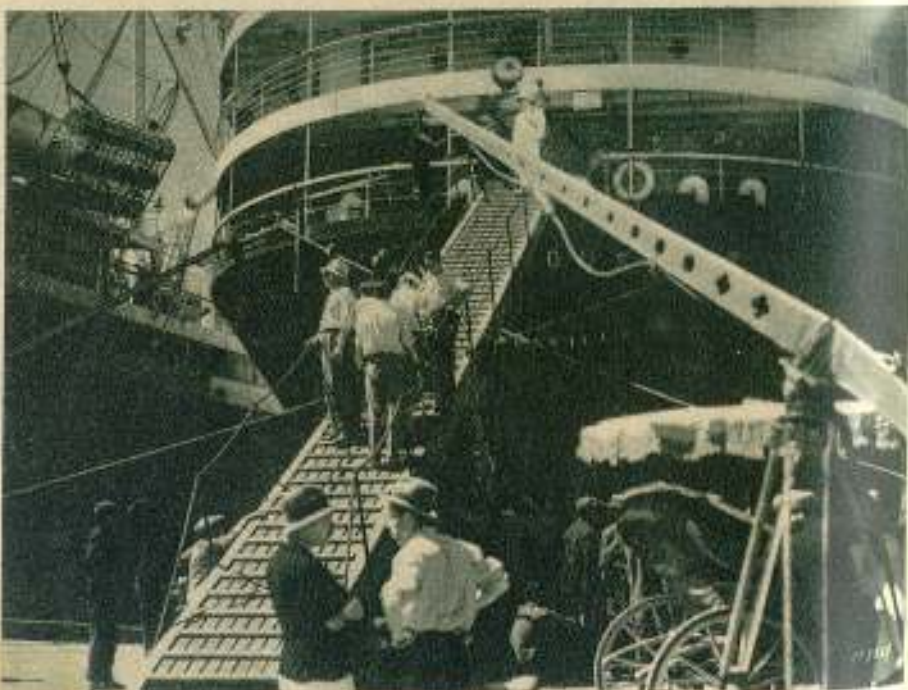
A la «intelectualización» de Joinville contribuyó, poderosamente, el esfuerzo de Dick Blumenthal, un auténtico «menor de treinta años», como puede verse. Blumenthal llevó a Alfred Savoir, a Marcel Achard... También — al le hubiesen dejado — habría llevado a Benvenuto, a Eduardo Marquina...

Imperio Argentina — abatiendo melancólicamente las estrellas rizadas de las pestañas — dice para que se conmuevan las muchachitas de la Gran Vía: «Mi corazón está lleno de nostalgia.» Por la mañana, de ocho a once, trabajan los españoles. A las once en punto — el tiempo es oro — los franceses ocupan el «set». Roger Capellani, en el puesto de Adelqui Millar. Marcelle Chantal, en lugar de Imperio Argentina. «Silence! On tourne!» Marcelle Chantal — en «primer plano» — abate las estrellas rizadas de las pestañas: «Mi corazón — dice — está lleno de nostalgia.» A las dos, después del almuerzo, París cede el «set» a Roma. Mario Camerini empuja el megáfono. Carmen Boni, en un rincón, repasa su texto. (La gran tortura para los artistas del cinema mudo...) «Vous êtes prête, madame?» Carmen Boni avanza hacia la «cámara». Se apoya, con un gesto lánguido, en un mueble cualquiera: «pose» muy italiana. Aspira luego unas resas. Y, por fin, tras de abatir melancólicamente las pestañas, susurra — con un hilo de voz que mañana conmoverá a las muchachitas de la «Via Nazionale» —: «Mi corazón está lleno de nostalgia.» Tres horas dedicadas a Italia. A las cinco, Berlín ocupa — casi militarmente — el «set». Leo Mittler — con sus gafas, con sus pantalones caídos sobre los zapatos sucios, con su aire distraído de profesor universitario — se sienta en la butaca de Camerini. Jenny Jugo — mientras el «cameraman» dispone las luces — merienda un «sandwich» de salchicha, igual que una mo-

distita de Hamburgo. «Silence!» «Lampe rouge!» Jenny mira amorosamente al galán: «Mi corazón está lleno de nostalgia.» ¡Horror! «Fraulein» Jenny Jugo — como las mujeres que trabajaron demudado bajo las luces de arco — no tiene pestañas... Pero la cosa carece de importancia. Se avisa al «monsieur Durand» del maquillaje, y en paz. Todo consiste en añadir a Jenny unas pestañas postizas. Menos mal. El honor literario de Ursula Parrott se ha salvado. Jenny Jugo también podrá conmover a las muchachitas sentimentales de la «Friedrichstrasse» con la doble estrella rizada de las pestañas...

«MONSIEUR DURAND» HACE NÚMEROS. — Ahora bien: esa es la primera época de Joinville. La Edad de piedra. A partir de «Su noche de bodas» — esto es, a partir de Dick Blumenthal —, Joinville tararea los «valse» de Borel-Clerc, lee a la condesa de Noailles, almuerza con Alfred Machard; el Alfred Machard de «Jean de la Lune». Y no es sólo Machard. En el restaurante del estudio, hay cada día un almuerzo literario: Pierre Benoit, Tristan Bernard — con sus barbas de apóstol —, Alfred Savoir, el príncipe Bibesco. Es decir, Joinville se intelectualiza. Y, por primera vez, aplica — al elegir en Europa las vedettes de «Su noche de bodas» — un verdadero criterio de fotogenia. Imperio Argentina, cuando menos, no pasa de los cincuenta kilos. Ni Trude Berliner. Ni Alice Cöco. (Alice Cöco pesa cuarenta y cinco kilos. Esa sí, sale a kilo por año...) Una mañana llega Marcel Pagnol — impetuoso, despeinado, con cara de niño grande, un poco como el Vidal y Planas de Marsella — con el manuscrito de «Marius». El restaurante se llena de marseleses estruendosos: Raimu, Orane Demazis, Charpin. Y todo el estudio — dispuesto para los «exteriores» de «Marius» — huele como a puerto de mar: redes, cestos donde fulge la viva plata del pescado, incluso un barco. Un hombre tímido, bajo su sombrero hongo — Alexander Korda: el Korda maravilloso de «La vida privada de Helena de Troya» — dirige «Marius». El mismo Korda imagina, luego, ángulos sin utilizar para los besos frenéticos de Henri Garat y Meg Lemonnier. (Meg Lemonnier: una imitación francesa de Lilian Harvey. Pero Lilian Harvey es inimitable.) Alfred Machard, del brazo de Madeleine Renaud, adapta «Mistigri». Protagonista: Noël-Noël: un «chansonnier» del Montmartre alto: el mismo gesto de Chaplin. Aparece un «metteur en scène» que alterna el cine con la pintura, un «metteur en scène» de quien hay cuadros en los museos de Londres: Harry Lachman. ¿Para qué llega Harry Lachman a Joinville? Para hacer una película de Imperio Argentina. Pero Imperio no le gusta a Lachman. ¿Y si se transformara a Magdalena? Quizá otro maquillaje, otro peinado... Madame Lachman — una china: una china auténtica, que parece la contrafigura de Ana May Wong — le corta las trenzas. Imprecaciones a cargo del padre de Imperio. El cual grita casi tanto como Benno Vigny: el escenarista de «Marruecos». Benno Vigny es un hombrón efusivo, que vocifera en

(Continúa en la página 22)



Todos los estudios — dispuestos para los «exteriores» de «Marius» — parecían un puerto de mar. Y, del puerto de «Marius», «Las noches de Port-Saïd». Todo Joinville, en suma, como un inmenso barco...

DESDE 1915 hasta junio de 1916, el joven Lebedeff se distinguió mucho en cuantos encuentros tuvo su escuadrón con las invasoras tropas alemanas. A él se debió la captura del teniente general von Fabarius, en Nevel, el único general alemán que fué hecho prisionero durante toda la guerra. Iván servía en el Estado Mayor del almirante Vessiolken, que era ayudante del zar, pero después de haber sido herido en 1916, dejó aquel puesto para ingresar nuevamente en su regimiento, que peleaba en la frontera rumana.

A consecuencia de la revolución de 1917, Lebedeff ingresó en el cuerpo de aviación que prestaba servicios en el frente rumano, y habiendo sido nuevamente herido, se retiró y obtuvo la administración de suministros en Odesa, durante la ocupación de los aliados.

Cuando llegó el armisticio, y se retiraron las tropas aliadas, siendo Odesa ocupada por los bolcheviques, Lebedeff fué arrestado, mas logró escapar de la cárcel, y poco después fué uno de los jefes que atacaron victoriosamente a la guarnición roja de Odesa.

Al igual que otros muchos oficiales y nobles rusos desterrados, Iván, durante algunos años, llevó una vida nómada que le hizo conocer Constantinopla, Berlín, Viena, París, y en estas capitales ejerció sucesivamente las profesiones de corredor, literato, cómico y actor de films.

En París fué donde D. W. Griffith vió trabajar al arrogante ex oficial ruso, y le ofreció un contrato que le hizo embarcarse para América, para tomar parte

en la película «Las trisezas de Satán».

En los dos años que lleva en Hollywood, ha actuado con indiscutible éxito en «El regreso», «La mujer salvaje», «La idea de una mujer», «Tienes que ver París» y «La chica de la calle». Es-

ta última fué su primera actuación como protagonista en la «R. K. O. Radio Pictures». Esta casa le confió uno de los primeros papeles en «Los cuacos», y recientemente ha trabajado en «El misterio de la medianoche».



DOS CONCURSOS DE PELÍCULAS DE CINE AMATEUR

Del "Centre Excursionista de Catalunya"

De la "Asociación de Cinema Amateur"

La Sección de Cine del «Centre Excursionista de Catalunya», primera entidad que en nuestro país se ha preocupado del fomento del cine amateur, acaba de publicar las bases de su Segundo Concurso. Como el precedente, este Concurso va dirigido a todos los aficionados al cine, sean o no socios del Centre Excursionista. Las bases son las siguientes:

Podrán tomar parte en este Concurso todos los cineastas aficionados, socios o no del Centro, nacionales o extranjeros, con films de 9'5 o 16 mm., indistintamente.

No se admitirán los films que hayan sido premiados en el Concurso anterior.

Cada película llevará, para su distinción, un título o lema. Las películas presentadas a un tema determinado, no podrán ser presentadas al tema libre. Ninguna película podrá presentarse a más de dos temas, y aun esto, solamente en el caso de que encaje plenamente en los dos.

El metraje de las películas es ilimitado, pero deberán ser entregadas en bobinas de 100 a 120 metros, aunque su metraje sea inferior. Los títulos de 9'5 mm. no han de ser fijos, a fin de poderlos proyectar sin peligro con toda la potencia de la luz.

Las películas presentadas al Concurso quedarán en poder del Centre Excursionista hasta la clausura de aquél, que será celebrada con una magna sesión de reparto de premios. La fecha se hará pública por medio de la prensa. Las películas serán luego devueltas a sus autores.

El «Centre Excursionista» se reserva el derecho de tiraje de una copia de los fragmentos o películas completas de las presentadas al concurso, que puedan interesarle para aumentar su archivo de cosas de Cataluña. Esta distinción se hará pública, aun cuando la película no haya sido premiada por el jurado calificador.

Las películas presentadas al Concurso serán proyectadas todas en la sala de proyecciones del Centro, durante las sesiones de Cine Amateur que se vienen celebrando. Los veredictos del jurado calificador serán inapelables, y se harán públicos a medida que vaya desarrollándose el Concurso. El jurado tendrá facultades para resolver cualquier punto no previsto en estas bases.

La sección de cine del Centro se reserva la facultad de hacer una selección de las películas presentadas al concurso, para hacer una exhibición pública, si lo cree conveniente. Los autores que no quieran dar esta autorización, han de hacerlo constar dentro de la plica que ha de acompañar a la película, y que no será abierta hasta el acto del reparto de premios.

Las plicas correspondientes a las películas no premiadas serán inutilizadas sin abrir.

CONDICIONES DE ENTREGA. — Las películas deberán ser presentadas y entregadas en la Secretaría del «Centre Excursionista de Catalunya», Paradís, 10, pral., en las siguientes condiciones:

Primero. — Debidamente condicionadas en sus cajas metálicas.

Segundo. — Llevando un título o lema en el principio.

Tercero. — Acompañadas de una plica cerrada que contendrá el nombre y dirección del autor. En el exterior llevará el título o lema de la película correspondiente, y el tema y premios de cooperación por los que se presenta.

Cuarto. — Sobre cada caja metálica deberá constar el lema o título de la película, el tema y premios de cooperación por los cuales se presenta, y el número de bobinas numeradas de que se compone.

Quinto. — El concursante que desee que su film vaya acompañado de determinados discos de gramófono, deberá enviarlos oportunamente, haciéndolo constar en la caja metálica.

TEMAS. — Primer Plazo de Admisión: hasta el primero de mayo de 1933. Films de: Excursionismo, Viajes, Deportes, Reportajes, Familiares e Infantiles, Muñecos, Dibujos animados y de Vanguardia.

PRIMERO. — La Asociación de Cinema Amateur convoca un concurso de films de 9'5 y 16 mm. entre los aficionados que sean socios de la entidad el día primero de septiembre de este año.

Segundo. — Los films que se presenten al concurso tendrán que estar en poder del comité el día 31 de octubre de 1932 a las ocho de la noche.

Tercero. — La Asociación de Cinema Amateur concederá los siguientes premios: primero, 500 pesetas; segundo, una copa de honor; tercero, medalla para cada uno de los formados (16 y 9'5 mm.). Los premios irán acompañados de un certificado que acredite la clasificación obtenida. Los primeros premios serán indivisibles.

Cuarto. — El jurado estará integrado por personalidades del mundo cinematográfico: Prensa, artes, etcétera, cuyos nombres serán publicados oportunamente.

Quinto. — El jurado tendrá en cuenta para emitir su fallo: A) la originalidad en la interpretación del tema; B) la dirección; C) la actuación de los intérpretes; D) la fotografía; E) el ritmo; F) la concisión; G) la economía de títulos.

Sexto. — El tema, bajo el título general de VACACIONES, se sujetará a la siguiente idea general: 1. — El trabajo es duro cuando llega el verano. 2. — Todos soñamos con las vacaciones. 3. — Todo al fin llega en este mundo. 4. — Es grato no hacer nada ni pensar en nada... 5. — ...más que en los mosquitos y en las incomodidades. 6. — No obstante es preciso ocuparse de algo. 7. — Ya se encargará la colonia. 8. — Es simpática esta colonia. 9. — Pero es demasiado colonia. 10. — Los amigos de la ciudad no son tan absorbentes. Las charlas en el café..., los teatros..., los deportes reposados como el fútbol... 11. — La tranquilidad y el reposo del trabajo... 12. — El confort del hogar. 13. — ¡Qué lástima que las vacaciones no sean bastante largas para hacer sentir la nostalgia de tanta dulzura!

Séptimo. — Deberá tenerse en cuenta que los números del lema no representan más que una simple guía que no es preciso que aparezcan en forma de subtítulos en la pantalla. Títulos y subtítulos serán corridos.

Octavo. — Los films no se acompañarán de ninguna indicación de nombre de autor, sino solamente de un lema. Este lema figurará en el sobre de la plica que contendrá el nombre y dirección del autor.

Noveno. — La Asociación de Cinema Amateur se reserva el derecho de sacar copia de los films presentados que puedan interesarle para la cinemateca social.

Décimo. — El fallo del jurado será publicado en la Prensa durante el mes de noviembre y los films premiados se proyectarán en la solemne sesión de entrega de premios.

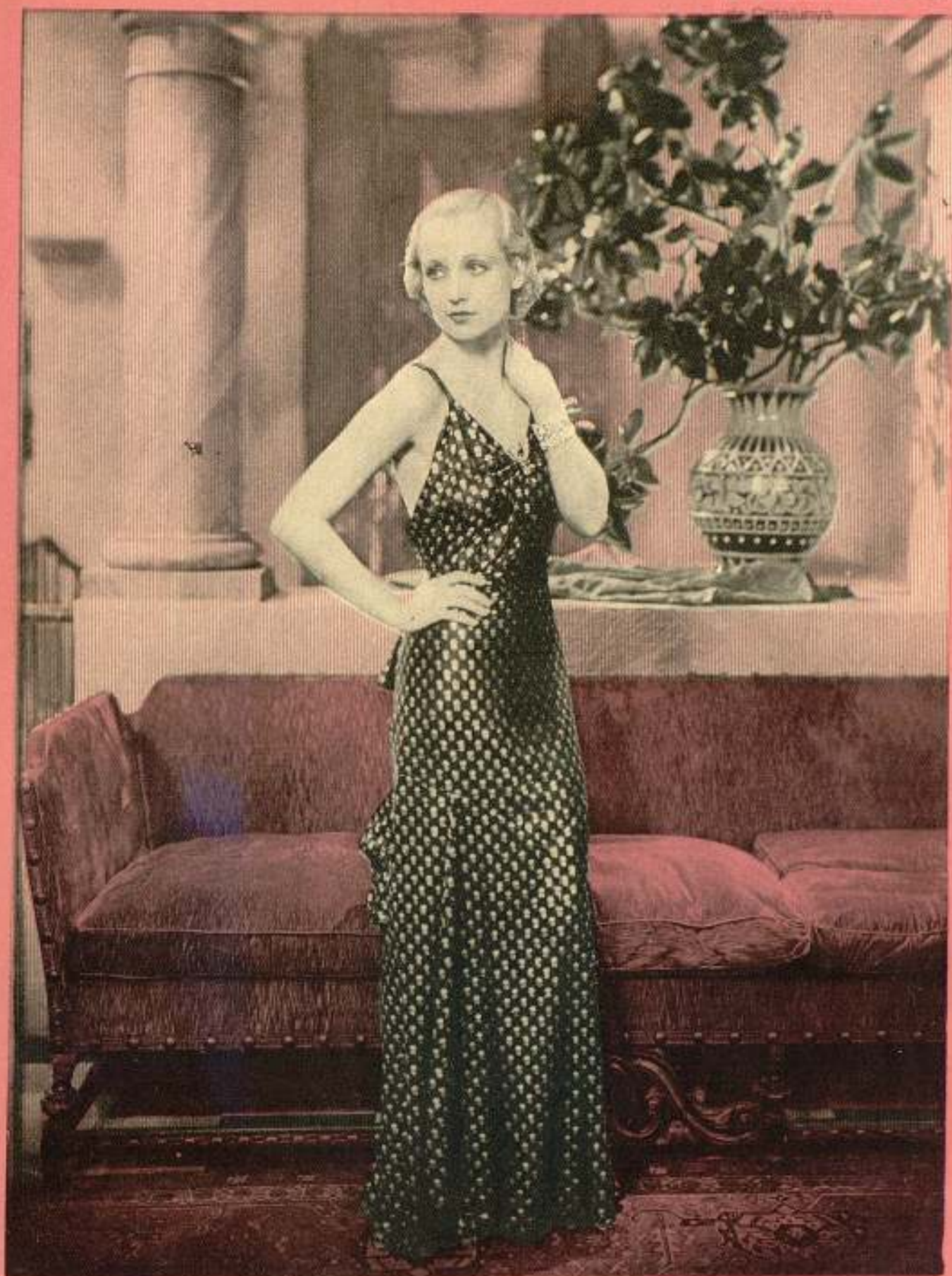
Undécimo. — El fallo del jurado, sea cual sea su decisión, será inapelable.

Barcelona, 27 de julio de 1932.

Segundo plazo de admisión: hasta el primero de abril de 1933. Films de: Folklore, Culturales, Científicos, Pedagógicos y Publicitarios. Colores, argumento, tema libre.

La Sección de Cine del Centro pondrá a disposición del jurado un primero y un segundo premio, consistentes en dos medallas para cada uno de los temas establecidos, y para cada tamaño, de 9'5 y 16 mm. El jurado tendrá la facultad de declarar desierto o ampliar cada uno de los premios citados, caso de que los films presentados lo merezcan. Habrá también una medalla del «Centre Excursionista de Catalunya» a la mejor película característica de cosas de Cataluña, y un premio extraordinario para distinguir a la mejor película entre las premiadas en el concurso.

En breve podremos detallar otros numerosos e importantes premios de cooperación.



EL CINE Y

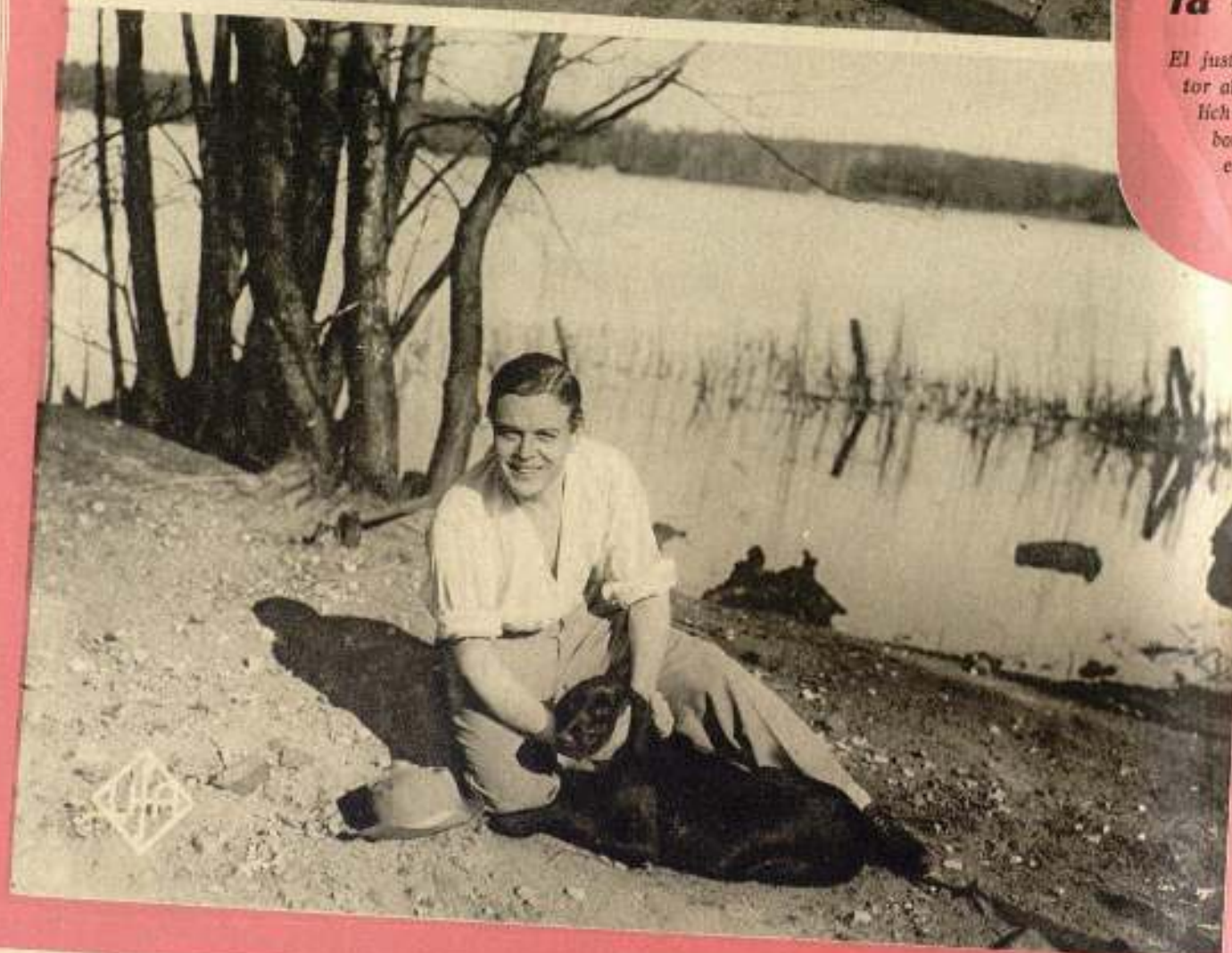
Elegantísimo y vistoso traje de sociedad que luce la bella artista Carole Lombard en la película Paramount «La insaciable», cuya protagonista encarna.

LA MODA



Los castas en la inmidad

El justiciero actor alemán Frölich en su labor en pantalla en magnífica serie de films.





Una verdadera sensación ha causado la belleza de Gwili Andre, en Hollywood. En Dinamarca, su país natal, aprendió los rudimentos del arte dramático. La R. K. O. Radio, capitalizando el prestigio que ha logrado esta artista por su popularidad como modelo de portadas de las revistas más importantes, la contrató, dándole el principal papel femenino al lado de Richard Dix, en el fotodrama «El rugido del dragón». Su próxima actuación será en la película «Misterios de la policía francesa», bajo la dirección de Ravland Brown. (Exclusiva para Films Selectos.)

**El embalsamado del doctor
KAMELOFF - POVELLINI**



—¿No has observado, Rockie, que los cadáveres embalsamados pesan más que los otros?
—¡Oh, sí, sí!



—Brouhg! Brown! Ahoaa! Humm!
¡Socorro! ¡Dios mío! ¡Auxilio!



—Brouhg! ¡Quiero vengarme! Habéis engañado miserablemente a mi familia embalsamándome de cualquier manera!



—Haaagh! Ma figlia! Maledetto! Moro embalsamatto.
—Brouhg! Por fin estoy vengado.



—Good bye! La vida. ¡Ah! Tan joven y ya embalsamado.
—No sé... Tengo miedo... No sabría explicarme.



—Brouhg! Voy a vengarme del embalsamador. (Llueve, trueno, relampaguea y hace viento.)



—¡Me ahogo! Chrrststst! Ahooo-haaag! ¡Povellini! ¡Povellini, me matan!



—¡Y ahora que...! Han aparecido ya las esquelas de mi defunción y tengo el entierro pagado... ¡Voy a morir!

(Película no apta para personas impresionables)
por **CASTANY S**



—¡Dios mío! Se han dado casos de cadáveres mal embalsamados y de animales mal disecados. ¡Ay! ¡Es horrible!



Entretanto, en casa del profesor Povellini, el embalsamador, la velada transcurría plácidamente.



—¡Y ahora tú! Voy a embalsamar! te en vida.
—¡No! ¡No! ¡Quiero vivir! Mío cora-Povero de mí! Madonna!



«En el depósito de cadáveres de La Morgue (Estado de Illinois) los dos embalsamados yacían, después de haber encontrado, por fin, el bálsamo para sus penas.»

(Acabada la proyección, las únicas personas que no han abandonado el local son las personas impresionables.)

¿Enciéndais a las artistas cinematográficas?

Las atletas de la pantalla



Gozando de la frescura del agua después del sprint.

Al contemplar estas fotos en que aparece Minna Gombell, la simpática artista de la «Fox», nos vienen al pensamiento, una vez más, los sacrificios que su carrera impone a las artistas de cine.

Les ocurre algo semejante que a los divos. Estos son también muy desdichados. No pueden hacer lo que sea de su gusto, sino lo que su garganta les consiente. Cualquier acto que el divo realice ha de ir precedido de esta pregunta: «¿Puede perjudicar a mi garganta?» Y la menor posibilidad de perjuicio excluye el acto, y el gran cantante se queda con su hermosa voz, pero sin poder satisfacer lo que a lo mejor ha sido una vieja ilusión o un caro deseo.

Claro que el remedio está en su mano: satisfacer el capricho y dejar que la voz se chince. Pero ¿qué divo es capaz de hacer eso? ¿Qué gloria de la escena lírica renunciaría al tesoro de su voz, que representa para él la fortuna y la emoción del aplauso? Por consiguiente, el mal no tiene remedio: el cantante arrastrará su desgracia hasta los días de su vejez.

Así ocurre a las artistas de cine. Si la artista está especializada en los papeles espirituales, su sufrimiento no tiene límites. Su comida es reglamentada y tasada de tal modo que pasa tanta hambre como cualquier «sin trabajo». Será inútil que su instinto de conservación proteste: Una mujer espiritual lo puede perder todo menos la línea. Además, la debilidad presta a sus movimientos cierta indolencia que le va muy bien.

Si la artista es del tipo de una muchacha moderna, está mucho más perdida aún. Entonces ha de dar la sensación de que todo el vigor que falta a sus compañeras del grupo espiritual, lo ha recogido ella. Y no sabemos qué es peor, si no comer y poder pasar las horas muertas echada elegante y espiritualmente en una chaise-longue, o poder trabajar hasta donde dé de sí el apetito, a cambio de la tortura de un intenso entrenamiento.

Esas artistas, no sólo han de conocer toda clase de dietas de modo que cualquier día puedan representar un papel de campeona de cualquiera de ellas, sino que, además, han

de ser verdaderas atletas para que su cuerpo ofrezca esa movilidad, ese vigor, esa elasticidad que agracian todos los actos de las Evas modernas.

El entrenamiento ha de ser duro y constante. El pianista que deja un par de días de hacer dedos, el tercero ha perdido agilidad. Lo mismo sucede a los miembros de la artista que suspenda su entrenamiento o lo descuide.

Direís que esto es cuestión de media hora y que después la artista se halla en posesión de su albedrío. Pero a eso respondería Minna Gombell con una amarga sonrisa. Media hora es lo menos que se puede dedicar al desarrollo y cultivo del músculo. Después se ha de atender a lo más delicado y difícil:

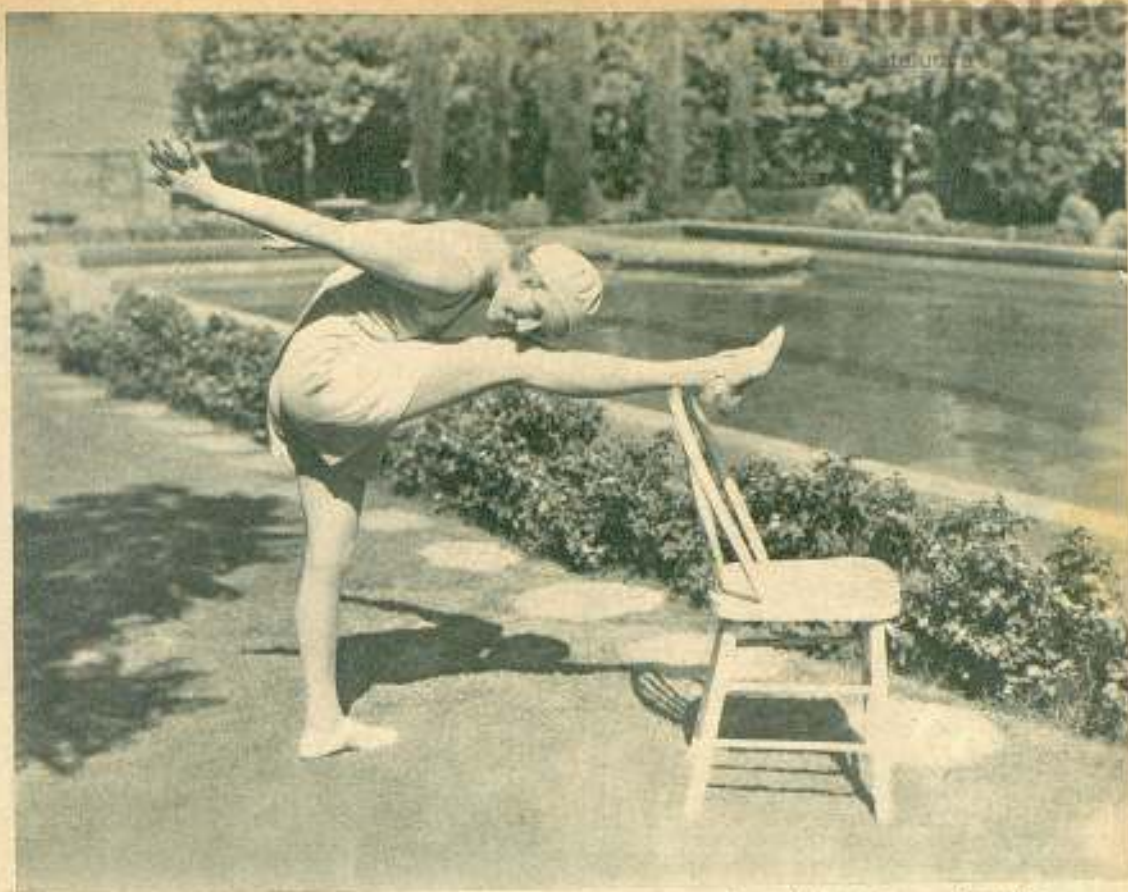
a la elasticidad de los miembros. Para ello hay que someter a piernas, brazos, cuello y cintura a los más absurdos retorcimientos. En una de las fotos adjuntas podréis ver a la pobre Minna Gombell en uno de esos torturantes ejercicios: el del pie en el respaldo de la silla. Ella se ríe, pero no le

hagáis caso. Las artistas se ríen siempre y la procesión va por dentro. Prueben las lectoras a realizar ejercicios semejantes nada más que durante diez minutos, y me dirán si es para reírse. Después viene la parte que podríamos llamar deportiva y en la que la natación y los saltos acuáticos ocu-

pan un lugar principalísimo. Por eso toda artista de cine que alquila una casa en las cercanías de Hollywood, lo primero que exige es que tenga piscina. Siguen a la natación las carreras, los saltos, el tenis, etcétera...

Si la artista realiza estos ejercicios en compañía de algunas amiguitas, cosa muy frecuente, nunca falta el divertido match de lucha libre con incrustaciones pugilísticas. Y después de todo esto, váyase usted a los estudios a trabajar, cuando lo que el cuerpo exige es una larga sesión de cama.

Ahora, señorita, dígame francamente: ¿sigue usted envidiando a las pobres mártires de Hollywood?

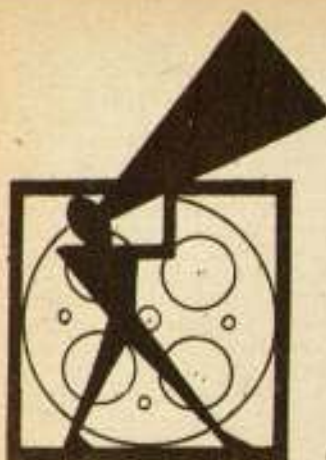


Minna Gombell en uno de los ejercicios que mantienen la agilidad de sus músculos.



Unas ligeras flexiones de piernas, antes de lanzarse a la piscina

J. B. VALERO



NOTICARIO

***** FILMS SELECTOS *****

Un actor que se ha rebelado contra su estudio, es James Cagney, de «Warner Brothers», quien, en menos de un año, llegó al pináculo de la fama por virtud de sus caracterizaciones de joven fornido y pendenciero, y que hizo papeles de gangster tan naturales, que, sólo al verle la mirada dura y porte misterioso, hace sentir escalofríos de terror. Cagney sabe que es uno de los tres astros de más atracción actualmente, y considera injusto que sólo le paguen mil trescientos cincuenta dólares semanales, cuando en el mismo estudio William Powell y Ruth Chatterton, de menos importancia (resultado de taquilla), cobran semanalmente las sumas de cinco mil y siete mil quinientos dólares respectivamente.

Y este actor, a quien el estudio negó un aumento de sueldo, decidió abandonar todo, en el auge de su popularidad. En contestación a todas las acusaciones de mal agradecido, etcétera, que la gente del estudio le hace, Cagney les hizo una proposición que demuestra la confianza que tiene en sí mismo. Si el es-



Cuatro bellísimas rubias. Janet Chandler, Cecilia Parker, June Vlasak y Vivian Reid, dispuestas a conquistar laureles.

tudio accede, hará él tres films, y si a la conclusión de los mismos las ganancias son tan grandes como al pre-

sente, le darán el sueldo que él demanda.

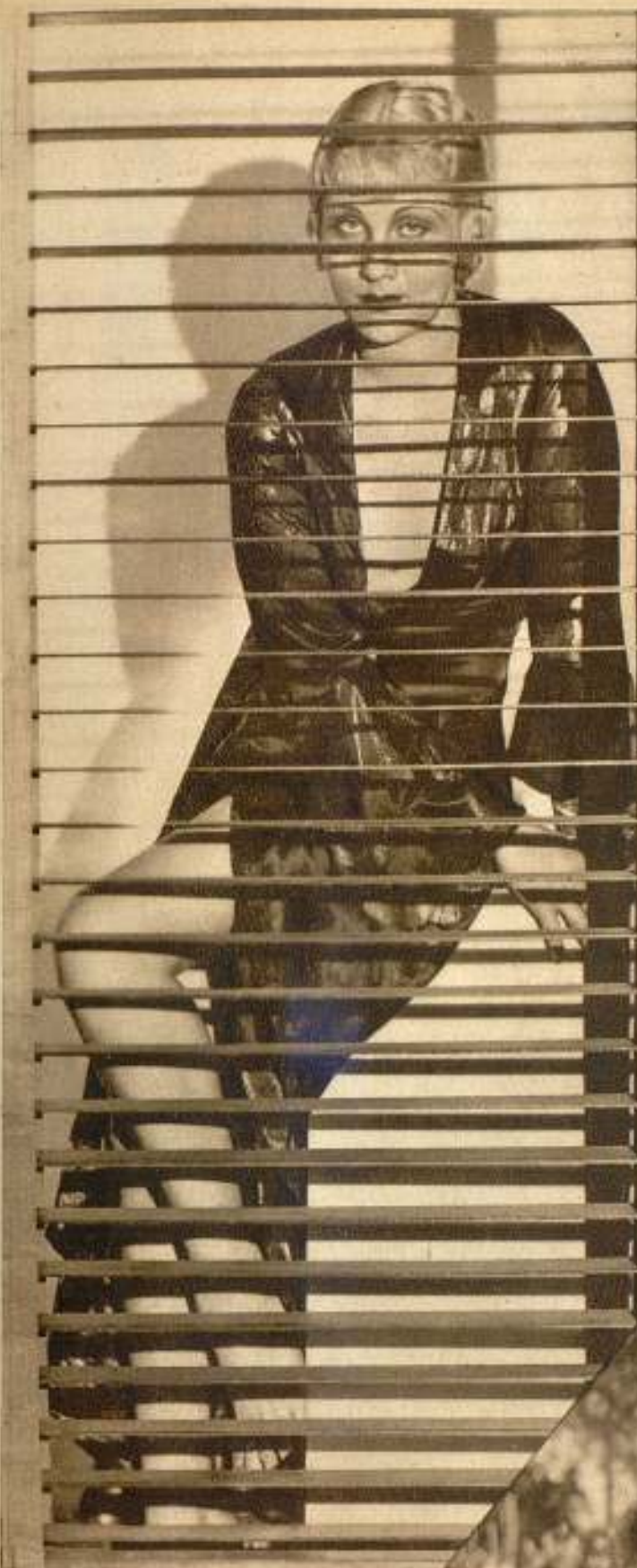
¿Cuántos actores hay que harían esto? Ninguno, decimos nosotros.



Spencer Tracy y su hermano Carroll en el comedor de los estudios de la «Fox» durante la hora del almuerzo.

ULTIMAMENTE hemos leído en la «Technique Cinematographique», bajo la firma de L. Maurice, un artículo lleno de interés sobre la película documental y el reportaje cinematográfico. Habla de las actualidades cinematográficas de una manera tan brillante como completa y estima que este género de cinematografía podría ser muy bien hecho por cineastas «amateurs», convenientemente equipados, con el fin de desarrollar cada vez más un género de producción destinado a contribuir considerablemente al progreso de la cultura general con ayuda del cinema.

Se recordará seguramente que las Exposiciones nacionales e internacionales de fotografías han revelado siempre que las verdaderas realizaciones artísticas, las verdaderas obras maestras, eran de fotógrafos «amateurs» más bien que de fotógrafos profesionales. Y esto se explica fácilmente. Cuando el «amateur» saca una imagen de la vida o de la naturaleza no obedece a orientaciones determinadas de orden comercial, a necesidades de trabajo: trabaja porque una



Judith Wood está tras de una persiana solamente para llamar la atención, porque ya no saben qué hacer en Cineclaudia para lograrlo.

escena o un paisaje han despertado su interés o su sentimiento artístico. De esta manera llegamos a ver fotografías que son verdaderos cuadros.

Lo mismo puede ser para los cineastas

«amateurs». Pensemos que podrán establecerse un acuerdo provechoso entre ellos y las casas de edición de «noticiarios». Los «amateurs» podrían proporcionar a estas últimas un material de primer orden, constituyendo una documentación única. Única porque una escena, un acontecimiento, un fenómeno, pueden haber sido rodados en circunstancias que no volverán a reproducirse. Esta colaboración entre el cineista «amateur» y el editor podría fomentar la cinematografía de «amateur», proporcionando a personas inteligentes y capaces el medio de manifestarse. No hay que excluir la posibilidad de que de este mundo de cineastas «amateurs» salgan técnicos de primer orden, que nosotros debemos buscar entre las personas más cultivadas e inteligentes.

Ha pasado ya la época del simple operador mecánico.

En casa de José Mojica tuvo efecto una reunión de los principales elementos hispanoamericanos de Hollywood. La encabezaron Ramón Novarro, Mojica y Dolores del Río. El objeto de ella fue discutir planes para llevar adelante la producción de películas habladas en nuestra lengua. A Novarro le interesan francamente y Mojica es un gran partidario de ellas, que reconoce deberles su popularidad y las consideraciones de que lo rodea la casa «Fox». Desgraciadamente los tres principales promotores de la empresa están todavía contratados. Novarro, en la «Metro»; Mojica, en la «Fox», y Dolores del Río, en «Radio Pictures». Pero tan en serio tomaron la cosa que han ofrecido sus propios capitales para cuando sea posible materializar las actuales gestiones.

La gran producción de la «Columbia» «El corresponsal de guerra», volverá a reunir a la famosa pareja que tanta gloria ha dado a esa compañía: Jack Holt y Ralph Graves, los heroicos compañeros de «Dirigible» y otras. La película está basada en la guerra chino-japonesa.



Joan Bennett, la rubia estrella de la Fox, con el escritor Gene Markey, con quien contrajo matrimonio hace poco. Para la próxima temporada se anuncian varias películas de esta notable actriz, entre las cuales figuran «Quería un millonario», «El proceso de Vidas» y «Mujer Mundana».

Año tras año

durante cerca de medio siglo este potente regenerador marcha firme y seguro con éxito cada día más creciente

Por su eficacia y resultado contra **neurastenia, postración nerviosa, inapetencia, anemia, raquitismo, etc.**

le ha valido la aprobación de la Academia de Medicina.

Contra toda manifestación de debilidad, tome usted el famoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Sus efectos son rápidos y seguros.

No se vende a granel.



Nuevo descubrimiento de Joinville

(Continuación de la página 10)

el restaurante, que luce corbatas deslumbrantes, que cuenta a las figurantitas unos terribles cuentos verdes. Por lo demás, Benno — hoy millonario y ayer vendedor de cacahuets en el Marruecos francés: tal que un «Manisero» de Rabat — está enamorado de España. La conoce, por lo menos, tanto como esos taurófilos de Nimes o de Dax. Pero — hasta que habló con el primer español de Joinville — su cultura taurina no estaba muy al día. Benno ignoraba, desde luego, a Victoriano de la Serna, a Domingo Ortega, al hijo de Corrochano. Hoy los conoce ya por referencias. Pero su ídolo taurino continúa siendo Vicente Pastor...

Y, entretanto, ¿qué es lo que hace — en este Joinville nuevo — «monsieur Durand»? Pues se ha refugiado en la caja, entre sus libretos inmensos. «Monsieur Durand» es un virtuoso de las matemáticas. Suma, resta, multiplica. Y les da a sus operaciones un aire belicoso de ofensiva. ¿De ofensiva contra quién? Contra los colonizadores actuales de Joinville. Demasiado caro — según él — Alfred Savoir. Demasiado caro Marcel Pagnol. «Con lo que cuesta «Marius» — dice — se hacían antes diez versiones.» («Monsieur Durand» se calla, prudentemente, que Berlín, Varsovia, Roma, han silbado, una tres otra, todas las «versiones» de Joinville. Y que en Budapest — después de proyectarse «El secreto del doctor» — el público quiso prender fuego a la sala. Y que, en el mismo París, los gendarmes de Chieppe tuvieron que disolver, sable en mano, a los enfurecidos espectadores de «Dans une île perdue...») «Monsieur Durand» ha cuajado en un hombre taciturno, que regatea los billetes de mil francos, que considera a los directores de películas como unos entes líricos y desprovistos del sentido de la responsabilidad.

Por ejemplo:

—Mañana — dice Harry Lachman — pienso irme al Touquet. Quiero conseguir un efecto de amanecida en el mar. Será algo maravilloso: la luz, el agua... Aspiro a hacer un verso de celuloide. Eso sí, me hacen falta, por lo menos, tres «cameramen» y un camión de sonido...

«Monsieur Durand» se asusta:

—Imposible, querido Lachman.

—¿Imposible por qué?

«Monsieur Durand» escoge su mejor sonrisa:

—¡Ah! Ustedes no hacen números... Ustedes se dejan arrastrar por el vuelo lírico... Y no puede ser. Un amanecer es un lujo demasiado caro.

Igual diría mister Will H. Hays. Sólo que el presidente de la «Motion Picture Producers and Distributors Union» tiene cien mil dólares de sueldo. Y «monsieur Durand» no ha pasado aún de los setecientos francos semanales. Pero, en el fondo, el ideario es el mismo: guerra a la poesía. ¿Exactamente igual «monsieur Durand» que mister Hays? No. «Monsieur Durand» — con sus manguitos de burócrata — es más duro, más cerrado a lo lírico. Erich von Stroheim pudo hacer — bajo la dictadura de mister Hays — ese aguafuerte sombrío que es «Greed»: un «film» — casi podría decirse — «a lo» Solana: un «film» hecho con pus, con cleno, con sangre. Bajo «monsieur Durand», Stroheim no habría logrado pasar siquiera de la segunda escena...

José Luis Salado

Si usted quiere disfrutar de buena lectura, suscribase sin pérdida de tiempo a

LECTURAS

el primero y mejor magazine ilustrado español.

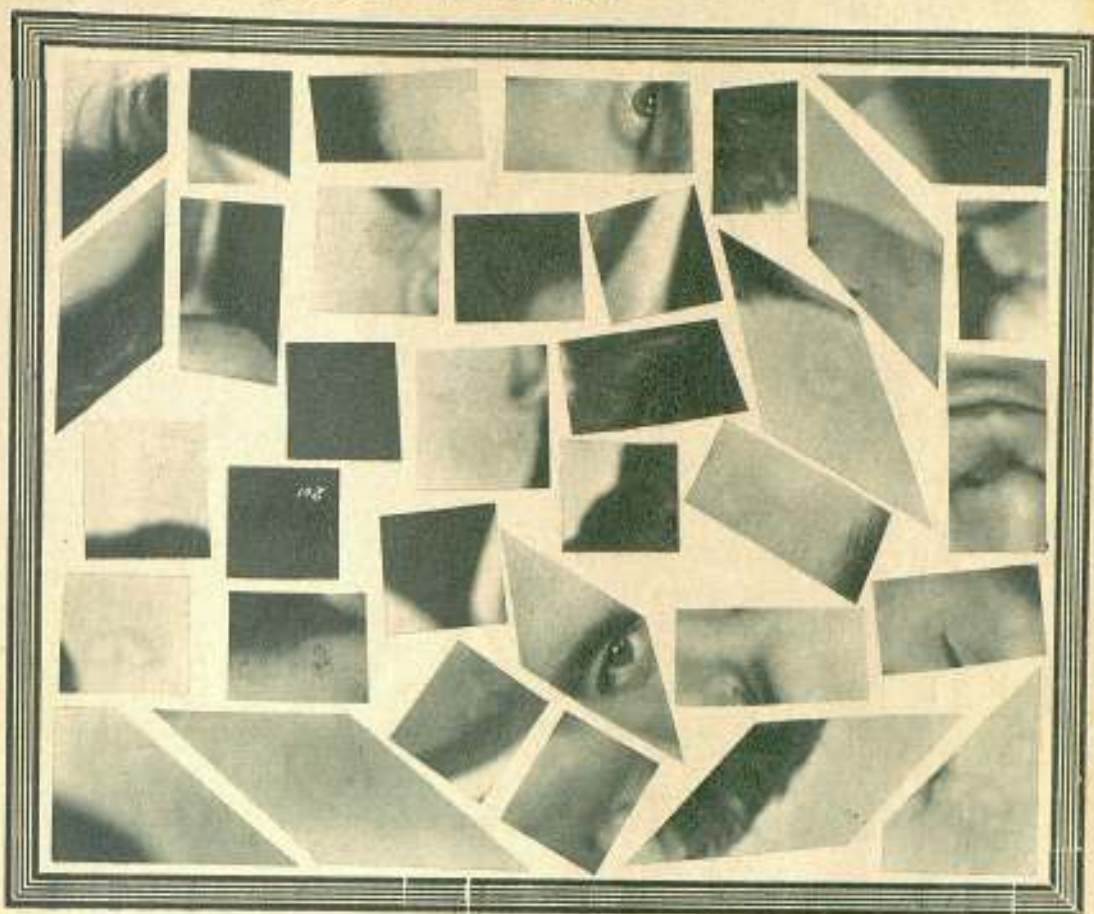
Concurso mosaico FILMS SELECTOS-FOX

Filmoteca
de Catalunya

**¿Qué
artistas
son?**

**¿En
qué
películas
han
tomado
parte?**

Dos de los
doce retratos
que hay
que reconstituir
para optar
a los premios
que se
otorgarán
en este Conco
según las bases
que hemos
publicado en
los números
correspondientes
a los días
11 de junio
9 de julio.



Las so
deber
remiti
única
despu
termi
la pu
de lo
retr
un

DOS BUENAS NOVELAS
DE UN BUEN NOVELISTA



NUEVOS ASTROS **ca**

¡PASO AL REY!

Un libro admirable en que el autor dibuja con su sutil humorismo deliciosas páginas de intrigas políticas. Una delicadísima historia amorosa se diluye por toda la obra, dando a sus páginas un extraordinario interés. La novela culmina en un inesperado y original desenlace que avalora su gran belleza.

Un volumen encuadernado, 5'50 ptas.

LA CIUDAD QUE NO TENÍA MUJERES

Todas las facetas del temperamento literario de Pérez de Olaguer van pasando ante los ojos del lector en este mosaico sublimemente taraceado. La novela humorística "La ciudad que no tenía mujeres" es una verdadera joya literaria, y los cuentos y narraciones que la

Nadie que haya seguido con interés o aun sólo con curiosidad el desenvolvimiento asombroso del arte cinematográfico, habrá dejado de observar que al lado de la cinematografía americana dominante en la cinematografía europea iba ganando paso a paso, lentamente, pero segura, el terreno antiguo perdido. Y nadie habrá podido dejar de observar cómo al lado del cinema americano que prefería desenvolverse en el terreno de la superficialidad, el europeo iba ganando dominio en profundidad... Es decir, que iba señalando una orientación completamente antagónica a la hasta aquel entonces seguida...

Al llegar a estos, en diversos géneros, de verdadera valla ante el aparecer en las pantallas obras como *Sous les toits de Paris*, *Le Cuir de infanterie*, *El millón*, *El jacobino de la guillotina*, etc., el cine europeo empezó a fijar sus ojos esperanzados hacia los dios europeos esperando ver surgir de ellos aquellas obras hasta entonces vanamente esperadas...

Y de entre el cinema europeo el empuje partió más decidido de la cinematografía alemana... Debidamente organizada en sus aspectos, convenientemente pertrechada de técnicos y dispuesta con una falange de artistas debidamente preparados para el caso, se lanzó a la conquista de los mercados europeos. El sonoro vino a nuevas armas. Enfocó preferentemente el género de la ópera, y puso echó mano de sus maestros compositores mundialmente célebres: Strauss, Robert Stolz, Franz Lehar, etc.

Los resultados han sido altamente favorables. Entre las grandes éxitos hallaremos principalmente producciones alemanas, valientemente operetas, y a su lado producciones francesas. Es decir, la cinematografía europea disfruta hoy de un envidiable lugar en el cierto cinematográfico mundial. Y el público, que juzga innegablemente, ha erigido nuevos ídolos al lado de las Greta Garbos, de la Jeanne Dietrichs, de las Chevaliers, etc... Es algo lógico e inevitable. El progreso de una cinematografía se remontan en alas de los artistas de aquella, viniendo a suplantar otras cuya cinematografía atravesaba unos periodos decadentes.

Hoy, actores como Gustav Frolich, como Henri Garat, como Harvey, etc., disfrutan de una popularidad que en vano presagiamos. Hoy sus nombres son algo familiar, algo muy estimado...

Sus nombres dan garantía a una producción. Y en esa carrera hacia la renovación y el progreso han surgido últimamente dos grandes estrellas: Dorotea Wieck y Marta Eggerth. Dos mujeres bellísimas, grandes artistas que el cine acaba de descubrir y conduce de golpe a la popularidad y a la gloria.

Dorotea Wieck, que acaba de interpretar el papel protagonista en gran film caluroso y elogiosamente comentado por la prensa de partes. Mujer a la que se ha descubierto una sensibilidad artística perfecta, es hoy una de las figuras más prominentes del cinema alemán.

Marta Eggerth, hasta hoy ignorada también, procedente del teatro, ha entrado al cinema con una opereta de Geza von Bolvary y de Robert Stolz. *Una canción, un beso, una mujer*, en la que al lado de Gustav Frolich. Con aquella sola interpretación ha hecho carrera. Hoy ya no es una promesa, sino una halagüeña realidad.

Es una nueva generación que viene a substituir otra ya envejecida y en el ocaso de la gloria. Nuevas actrices que alumbran el arte cinematográfico y vienen a llenar las pantallas del mundo con la luz de su belleza y de su juventud...

FAMOSO

AN

el cutis

CAMPO

UDOR

A

ONA

semanas estaban más cómodos en el hotel, que ofrecía bastantes medios para dar algunas fiestas lucidas. El capitalista contestó: «Haz como gustes, pero ten muy en cuenta el fausto con que debes rodear el nombre que llevas... No olvides que nobleza obliga y riqueza también».

La fiesta resultó brillantísima; el buen gusto de Dagmar consiguió darle una nota de personal originalidad, que dejó a todos los invitados muy complacidos, y la más franca animación reinó durante toda ella.

Fué la fiesta que cerró la temporada. Dagmar estaba deseando volver a la tranquilidad de Taxemburg, pareciéndole delicioso el esperar allí a la próxima primavera.

Mientras que su esposo la creía entregada por completo a las mundanas diversiones, ella soñaba con la apacible calma de su hermoso castillo.

A la siguiente noche de la fiesta en el hotel, preguntó Gunter:

—¿Cuánto tiempo quieres que permanezcamos aquí, Dagmar?

—Por mí, podemos marcharnos cuanto antes — respondió ella con viveza.

—¿De veras? — exclamó él, con los ojos brillantes de alegría — ¿No te asusta aquel aislamiento después de tantas fiestas?

—Muy al contrario... me complace en extremo la idea de volver a casa... Además, no estaremos solos por mucho tiempo: el príncipe Ludwig ha prometido venir en cuanto estemos instalados... y papá desea que Hollmann pinte nuestros retratos... Supongo que aceptará el encargo, y con este motivo pasará una larga temporada en Taxemburg.

Apagóse de súbito la luz en los ojos del conde.

—Nada me habías dicho de ese proyecto — dijo él con voz entrecortada.

—Sin observar ella el cambio de tono, respondió:

—Hasta esta mañana no he recibido la carta en que papá expresa ese deseo.

—¿Luego la idea parte de tu padre?

—Sí... pero no te negaré que también me gusta a mí... No quisiera dejarme retratar por otro que no fuera Hollmann... Pinta unos retratos admirables.

Gunter se mordió los labios, pero aparentando calma, dijo:

—Puedes fijar tú misma la fecha de nuestro regreso.

—Tenemos que hacer algunas visitas de despedida, pero yo creo que el próximo lunes podremos emprender la vuelta.

—Está bien... Daré las órdenes necesarias.

Y no se habló más del asunto.

Durante el almuerzo de la mañana siguiente, Dagmar enseñó a su marido la carta en la que su padre trataba de la cuestión de los retratos.

En la galería de los antepasados del castillo se conservaban las efigies de todos los condes de Taxemburg, y el vanidoso consejero deseaba que su hija figurara entre ellos, ataviada con sus galas de corte y ceñida la diadema de refulgentes gemas.

Gunter leyó la carta, disimulando su malhumor. La idea de que el presumido artista iba a pasar una larga temporada en Taxemburg, daba nuevo pábulo a sus celos.

Mas, conteniéndose, preguntó:

—¿Has hablado ya con Hollmann?

—No — contestó Dagmar —. Aun no le he visto, después de recibir la carta. Pero como le hemos prometido visitar su taller antes de marcharnos, podemos ir hoy a tratar al mismo tiempo del asunto de los retratos... ¿Te parece bien?

—Perfectamente, y como tu padre está en la feliz situación de poder pagar los exagerados precios que el pade, no tengo la menor duda de que el señor Hollmann aceptará el encargo con mil amores.

Esto fué dicho con tan mordaz ironía, que Dagmar, mirando sorprendida a su esposo, preguntó:

—¿No te gusta Hollmann?... Es un artista de mérito y hombre de mucho ingenio.

el ventanal de su gabinete, contemplando el dilatado paisaje.

Las entrecortadas conversaciones se sostenían en voz queda; cambiábase saludos, presentaciones, críticas, galanterías y murmuraciones, pero todos esperaban con impaciencia que se abrieran las puertas del salón del trono para ser admitidos a presentar sus homenajes a la augusta pareja reinante.

Las damas tenían el privilegio de ser presentadas las primeras. Entre éstas no faltaban algunas que miraban con envidia el suntuoso predilecto de la hermosa condesa de Taxemburg, diciéndose para consolarse que, después de todo, sólo era la hija de un mercachifle, casada con un vástago ilegítimo de la rama conde de los Taxemburg.

—No se debía recibir a tal clase de gente — dijo, haciendo dengues, una remilgada solterona, de corva nariz y puntiagudos hombros.

—¿Qué quiere usted, querida?

—contestó una corpulenta generala —. Los tiempos son otros, y la democracia se deja sentir hasta en las cortes. Además, el padre de la condesa es uno de los industriales más ricos de Alemania, cuyas florecientes empresas, según he oído, son de las que honran a un país.

La aparición del maestro de ceremonias puso fin a todas las conversaciones. El funcionario palatino, resplandeciente de oro, se inclinó sonriendo a derecha e izquierda. Ya era tiempo de formar la comitiva que debía desfilar ante los soberanos.

Dagmar tuvo que separarse de su esposo para ocupar el puesto que le correspondía en el grupo de damas que habían de ser presentadas a la pareja reinante.

Formadas por su orden, pasaron detras por salones y galerías, cuyos enormes espejos reflejaban aquella fila de damas espléndidamente ataviadas, que marchaban en majestuosa lentitud una detrás de la otra, arrastrando la pesada cola de brocado o damasco de sus mantos de corte.

Al pasar, dirigían muchas de ellas furtivas miradas a los espejos, para cerciorarse de que todo estaba en su sitio, en el complicado atavío, pero la imagen más bella que reflejaron las azogadas lunas, fué la de la joven condesa de Taxemburg.

Por fin llegaron a las doradas puertas que daban acceso al gran salón. Un instante se detuvo la comitiva, dejando que la brillante iluminación arrancara cambiantes chispazos a la pedrería. Al pisar aquel regio salón, en cuyo testero hallábanse los soberanos rodeados por el alto personal palatino, Dagmar sintió una ligera turbación; tantas cosas nuevas le producían una especie de angustia, el peso de la cola parecía que la clavaba en el suelo, y continuaba doliéndole la cabeza bajo la presión de la diadema.

Reemprendió la marcha con mayor lentitud aún.

Junto a los príncipes reinantes hallábase de pie el príncipe Ludwig, cuya afectuosa sonrisa pareció buscar a la condesita para reanimarla, asegurándole que los soberanos también son mortales como los demás. Esto creyó leer Dagmar en la fina sonrisa del democrático príncipe, y en el acto recobró la plena posesión de sus facultades.

La condesa de Taxemburg se acercó al trono con graciosa naturalidad. Estaba deslumbradoramente hermosa, relucían los brillantes entre el fino matiz de sus cabellos castaños, y la amplitud de la cola de crujiente brocado hacía resaltar la elegante esbeltez de su figura. Hizo las reverencias ajustándose en un todo a las prescripciones de la etiqueta, sonrió complacida la augusta pareja, y Dagmar fué a reunirse con el grupo de damas, habiendo pasado ya el temido instante.

Más tarde, una vez terminada la recepción, los soberanos bajaron del trono y se mezclaron con sus invitados, honrando a los condes de Taxemburg con una conversación bastante larga, en la que no escasearon las afectuosas frases de bienvenida.

Después de esta prueba de consideración del angusto matrimonio, nadie pareció acordarse más de que Gunter era hijo ilegítimo, ni de que la ascendencia de Dagmar no fuera ilustre, y todos pugnaron por atraerse a la joven pareja.

Ya en el salón en que estaba el buffet, y mientras que Dagmar y su marido tomaban un refresco, acercóse a la primera un guapo mozo que llevaba con soltura el traje de etiqueta, y se inclinó mirándola con ojos en los que resplandecía el júbilo.

También ella sonrió demostrando alegre sorpresa.

— ¿Usted aquí, amigo Hollmann? — exclamó la condesa — ¡Cuánto me alegro verle! — y le tendió la mano.

Werner Hollmann, un famoso pintor de retratos muy mimado por la suerte y por las mujeres, besó aquella mano con rendida galantería y dijo:

— Señorita... Perdóneme usted... Señora condesa, estoy deslumbrado... Dios ha hecho el milagro de que salga el sol a medianoche. —

Como el conde Gunter mirara a su esposa cual pidiendo explicaciones de tan galante saludo, ella, ruborizándose levemente ante aquella mirada, apresuróse a decir:

— Permítame usted que le presente a mi marido — e hizo la usual presentación entre los dos caballeros. El pintor, inclinándose, dijo al conde:

— He tenido la suerte, señor conde, de conocer a su esposa en Berlín.

— ¡Ah!... ¿Vivía usted antes en la capital, señor Hollmann? — preguntó Gunter, con involuntaria reserva.

— En efecto, señor conde — contestó aquél —, pero ya hace casi un año que estoy aquí. He tenido el honor de retratar a Sus Altezas y esto me ha valido tantos encargos, que aun no sé cuándo podré irme. Para mí ha sido un extraordinario placer el ver a usted de nuevo, encantadora condesa.

Dagmar contestó risueña:

— Siempre se alegra uno de ver a los antiguos conocidos, y más entre gente extraña.

— ¿Cómo está su señor padre? —
— Muy bien, gracias... Ha pasado las Navidades con nosotros en Tauxemburg. —

Siguieron charlando y a Gunter le pareció que la conversación se prolongaba con exceso, empezando a sentir un inexplicable malestar. Cuando por fin se alejó el artista, preguntó el conde con cierta displicencia:

— Según parece, te une una estrecha amistad con ese joven. —

Dagmar cerró los ojos un instante, abrumada por el peso de la refulgente diadema y después contestó con naturalidad:

— No puedo decir que sea un amigo íntimo, pero le conozco hace mucho tiempo, y siempre le veo con gusto, porque tiene una conversación muy entretenida.

— También él ha demostrado grande alegría al encontrarte. —

Dagmar miró a su esposo, y se quedó asombrada al ver en su rostro la sombría expresión, que ya creyó desaparecida. Este descubrimiento la hizo palidecer, y como Gunter no podía adivinar la causa de la alteración, la achacó a su pregunta.

— Entra en sus costumbres ser muy lisonjero — dijo ella — y como no nos hemos visto desde que retrató a papá...

— ¡Ah!... ¿Conque retrató a tu padre?

— Sí.

— Pues nunca he visto ese retrato. —
— Está en la sala de juntas de una de las fábricas... Para eso lo hizo pintar. —

Acercáronse varios cortesanos, y no pudieron seguir tratando del mismo tema.

Mas cuantas veces, en el curso de la fiesta, Hollmann se acercó a Dagmar, frunciéronse las cejas del conde, a quien atormentaba creciente inquietud.

¿Serán de este individuo las cartas que escondió Dagmar? ¿Pensaría en el cuando dormitaba con tan

dulce expresión de melancolía?... ¡No! — se dijo avergonzándose de su mal pensamiento —. Ella me ha asegurado que no ha amado a otro, y yo no quiero, ni debo dudar

de su palabra — dijese a sí propio.

Pero la tenue inquietud seguía en su corazón y Hollmann, decididamente, le era muy antipático.

CAPÍTULO XVIII

DAGMAR obtuvo un éxito definitivo en aquella escogidísima sociedad. Los caballeros pugnaban por acercarse a ella y prodigarle sus homenajes, y las damas sentíanse deslumbradas por la variedad y riqueza de los atavíos que lucía en las diferentes solemnidades palatinas.

Al príncipe Ludwig se le veía con frecuencia en compañía de la condesa pareja, y a esto se debió el que se afianzara aun más el prestigio de los condes en la corte. También el pintor Hollmann aprovechaba todas las ocasiones de acercarse a ellos, sobre todo a la condesa.

Esta, en su interior, encontraba que el artista había cambiado mucho y de un modo desfavorable para él... Tal vez consistiera en que antes su inexperiencia le impidiera observar que su fatuidad y aires de irresistible conquistador le ponían al borde del ridículo. A Dagmar le pareció que el pintor hacía esfuerzos por agradarle y causar en ella una profunda impresión.

No se equivocaba la condesita. Su hermosa hija había deslumbrado al émulo de Apolos. Werner pertenecía a la clase de hombres que no se fijan en las solteras, pero a las que parece muy sabrosa la fruta del cercado ajeno.

También el conde Gunter causó sensación en el mundo de las damas, por su arrogantisma figura y su porte de verdadero gran señor. Pero todos los avances y manejos se estrellaron en su glacial cortesa.

Dagmar, que había observado con zozobra estas maniobras, no sospechaba que su esposo padecía

las mismas inquietudes, y que éstas se acentuaban cada vez que el pintorcito la asediaba con sus atenciones... También el príncipe Ludwig le pareció peligroso. Preguntándose a sí mismo de qué provendría tal intranquilidad, le respondió una voz interior: «Esto se parece mucho a celos».

Estremeciéndose al pronto, mas, encogiéndose de hombros, dijese después: «Los celos indican amor, y yo no amo a mi esposa... El fuego apagado no se vuelve a encender». Y en su obstinación no quería admitir que ya hacía tiempo que entre las cenizas ardían rojas ascuas.

Tan ocupada tuvieron a Dagmar sus deberes sociales, que le quedó poco tiempo para pensar en sí misma. Cada día traía nuevos bailes, té y reuniones. La princesa reinante organizó un bazar de beneficencia, encargando a la joven condesa del puesto de flores. Esta, a su propia costa, instaló un artístico stand, cuyas flores vendió a precios fantásticos. El príncipe Ludwig se brindó como dependiente, y entre los dos vendieron todo el género poco después de abrirse el bazar. La condesa hizo traer nuevo surtido, que vendió igualmente hasta la última hoja, lo que le permitió entregar una considerable suma, una vez terminada la venta.

Unos días después los condes, deseando corresponder a las muchas atenciones de que habían sido objeto, convidaron a una saculenta cena que tuvo lugar en el gran salón del hotel en que habitaban.

Dagmar había escrito a su padre, renunciando a alquilar ninguna villa por el momento. Para unas cuantas

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca

de Catalunya



RICHARD CROMWELL



CLAUDETTE COLBERT